



Visita al territorio de Yukio Mishima



La Escalera

Lugar de lecturas

Durante muchos años afirmé que podía recordar cosas que había visto en el instante de mi nacimiento. Cuando decía eso, los mayores, al principio, se reían; pero luego se preguntaban si intentaba burlarme de ellos, y miraban con desagrado la pálida cara de aquel niño tan poco infantil. A veces lo decía en presencia de visitantes que no eran íntimos de la familia y, en esos casos, mi abuela, temerosa de que me tomaran por idiota, me interrumpía secamente y me ordenaba que fuera a jugar a otra parte.

Cuando de su risa aún les quedaba el rastro de la sonrisa, los mayores intentaban por lo general refutar mi afirmación empleando a ese fin explicaciones más o menos científicas. En el intento de hallar razones al alcance de la mente de un niño, siempre comenzaban a parlotear, con no poco celo y espectacular actitud, diciendo que los ojos de un niño no están aún abiertos en el momento de nacer, y que, incluso en el caso de que estén del todo abiertos, el recién nacido no puede ver las cosas con claridad suficiente para recordarlas.

«¿Lo entiendes, verdad?», solían decir, cogiendo por el hombro al niño, todavía no convencido, y sacudiéndolo suavemente... Pero en ese preciso instante parecía que en su mente naciera la idea de que estaban a punto de caer en la trampa que el niño les había tendido, pensando: «Incluso sabiendo que se trata de un niño, no debemos bajar la guardia; este golillo seguramente pretende que le expliquemos “este asunto”, y, si lo hacemos, cómo vamos a evitar que nos pregunte, con todavía mayor inocencia infantil: “¿De dónde

vengo? ¿Cómo nací?"». Y por eso los mayores terminaban volviendo a mirarme de la cabeza a los pies, con una sonrisita helada en los labios y dándome a entender que, por una razón que yo jamás llegaría a comprender, los había ofendido profundamente con mis palabras.

Pero sus temores no tenían fundamento. Carecía yo de toda intención de preguntar acerca del «asunto». E incluso en el caso de que hubiera tenido tales intenciones, temía tanto ofender a los mayores, que la idea de emplear argucias jamás podía ocurrírseme.

Por muchas explicaciones que me dieran, por mucho que, mediante risas, se desembarazasen de mí, yo seguía creyendo que recordaba mi nacimiento. Quizá la base en que se fundaba este recuerdo consistiera en alguna que otra frase que había oído decir a alguien que había estado presente en aquella ocasión, o tal vez todo se debiera a una imaginación terca. Fuere lo que fuere, una cosa había que estaba convencido de haber visto con mis propios ojos. Era el borde del recipiente en que me dieron el primer baño de mi vida. Se trataba de un recipiente nuevo, con superficie de madera pulida hasta el punto de tener brillo y suavidad de seda. Y, hallándome yo dentro, mi vista observaba el destello de un rayo de luz al incidir en el borde de la pequeña bañera. La madera sólo destellaba en aquel punto, y parecía oro. Las salpicaduras de agua saltaban hacia lo alto, al ondularse la líquida superficie, como si quisieran lamer aquel punto, pero no llegaban a él. Y ya fuese debido a un reflejo, ya a que aquel rayo de luz se prolongaba hasta el agua, la zona de ésta situada debajo de aquel punto resplandecía suavemente, y olas menudas y brillantes saltaban y entrechocaban allí...

La más sólida refutación de la verdad de este recuerdo radicaba en que no nací en horas en que luce la luz del sol, sino a las nueve de la noche. No podía haber sol. Incluso cuando burlonamente me decían: «Seguramente sería una luz eléctrica», muy poco me costaba incurrir en el absurdo de creer que, incluso si hubiese sido

medianoche, allí habría estado aquel rayo de sol incidiendo, al menos, en cierto punto de la bañera. Y de esa manera, el borde de aquélla y el destello que en él había quedaron grabados en mi memoria como una realidad que sin la menor duda había visto durante mi primer baño.

Nací dos años después del Gran Terremoto. Diez años antes, a consecuencia de un escándalo que se produjo mientras mi abuelo desempeñaba el cargo de gobernador colonial, éste, asumiendo la responsabilidad de los actos culpables cometidos por uno de sus subordinados, dimitió. (Conste que no he empleado eufemismos, ya que, hasta el momento presente, jamás he visto una confianza tan insensata en los seres humanos como la de mi abuelo). A partir de entonces, mi familia experimentó una veloz decadencia, y en su carrera cuesta abajo se comportó con tan feliz tranquilidad que casi puede decirse que tarareaba alegremente mientras más y más se hundía, mientras contraía formidables deudas, mientras cerraba sus casas, vendía las fincas... Y luego, cuando las dificultades financieras llegaron a su punto máximo, mi familia se entregó a una morbosa vanidad que ardía en llamas más y más altas, como si un perverso impulso las alimentara.

A consecuencia de eso, nací en un barrio de Tokio que no podía considerarse uno de los mejores, y en una vieja casa alquilada. Se trataba de un edificio de ostentosas pretensiones, en una esquina, con aspecto destortalado y que causaba impresión de sordidez y decadencia. Tenía una imponente verja de hierro, un jardín delante y un vestíbulo de estilo occidental de la amplitud de una iglesia de suburbio. Su forma era escalonada y en el nivel superior tenía dos pisos, en tanto que en el inferior tenía tres. Sus numerosas estancias se hallaban siempre en triste penumbra, y la servidumbre estaba constituida por seis criadas.

En aquella casa, que gemía igual que una vieja cómoda, diez personas se levantaban por la mañana y se acostaban por la noche. Eran mi abuelo y mi abuela, mi padre y mi madre, y la servidumbre.

La raíz de los problemas familiares se encontraba en la pasión que mi abuelo sentía por iniciar grandes empresas y en la mala salud y las extravagancias de mi abuela. El abuelo, tentado por los dudosos proyectos que sus amigos le proponían, a menudo efectuaba largos viajes, llevado por sus sueños de conseguir riquezas. Mi abuela pertenecía a una familia muy antigua, por lo que despreciaba y odiaba a mi abuelo. Mi abuela estaba dotada de un espíritu de estrechas miras, indomable y enloquecidamente poético. La neuralgia crónica minaba indirecta y constantemente su sistema nervioso, y, al mismo tiempo, aguzaba estérilmente su intelecto. ¿Quién sabe si acaso aquellas depresiones que mi abuela padeció hasta su muerte no eran el rastro que en ella habían dejado los vicios a que mi abuelo se había entregado en su juventud?

A aquella casa llevó mi padre a mi madre, a la sazón frágil y bella recién casada.

Por la mañana del día 4 de enero de 1925, mi madre comenzó a sentir los dolores que anuncianaban el parto. A las nueve de la noche dio a luz un niño que pesó dos kilos con doscientos sesenta y ocho gramos.

En la tarde del día 7, ese niño fue vestido con pañales de franela y seda color crema y con un kimono de crespón moteado. En presencia de cuantos vivían en la casa, mi abuelo escribió mi nombre en papel ritual y puso éste en el templete de ofertorio de la *tokonoma*.

Durante mucho tiempo, tuve el cabello claro, casi rubio, pero me lo pringaron con aceite de oliva hasta que, al fin, se volvió negro.

Mis padres vivían en la segunda planta de la casa. Con el pretexto de que era peligroso criar a un niño en el piso alto, mi abuela me arrancó de los brazos de mi madre cuando yo contaba cuarenta y nueve días. Instalaron mi cama en el dormitorio de enferma de mi abuela, siempre cerrado y con el aire impregnado de los olores de la enfermedad y de la vejez, y fui criado allí, junto a la cama de la enferma.

Cuando tenía un año me caí desde el tercer peldaño de la escalera y me hice un herida en la frente. Mi abuela había ido al teatro, por lo que mi madre y las primas de mi padre habían aprovechado aquel respiro para charlar y divertirse ruidosamente. Mi madre tuvo que subir algo al segundo piso. Yo la seguí, se me enredaron los pies en la cola de su kimono, que arrastraba por el suelo, y me caí.

Llamaron por teléfono al teatro Kabuki, en el que se encontraba mi abuela. Cuando llegó, el abuelo salió a recibirla. Se quedó clavada en el vestíbulo, sin quitarse los zapatos, apoyada en el bastón que sostenía con la mano derecha, y fija la mirada en mi abuelo. Cuando habló, lo hizo con voz extrañamente serena, formando cada palabra, como si las tallara en madera:

—¿Ha muerto? No.

Luego se quitó los zapatos y avanzó por el corredor, con pasos seguros, pasos de sacerdotisa.

En la mañana del primero de año anterior a mi cuarto cumpleaños, vomité un líquido del color del café. Llamaron al médico de la familia. Después de examinarme dijo que dudaba de que llegara a sanar de aquella afección. Me pusieron inyecciones de alcanfor y de glucosa, hasta que mi cuerpo quedó como un acerico. Mi pulso, tanto en la muñeca como en la parte superior del brazo, llegó a ser imperceptible.

Pasaron dos horas. Todos miraban mi cadáver. Confeccionaron apresuradamente una mortaja, recogieron mis juguetes predilectos y se reunieron todos los familiares. Pasó casi otra hora y, de repente, oriné. El hermano de mi madre, que era médico, dijo: —¡Vive! Y afirmó que la orina indicaba que el corazón había vuelto a latir.

Oriné un poco más. Despacio y progresivamente, una vaga luz de vida reanimó mis mejillas.

Esa enfermedad —autointoxicación— llegó a ser crónica. Me afectaba una vez al mes, a veces levemente y otras con carácter grave. Tuve muchas crisis. Por el sonido de los pasos de la

enfermedad al acercarse a mí, llegué a determinar si el ataque me llevaría a las puertas de la muerte o no.

El recuerdo más remoto, recuerdo fuera de toda duda, que conservo en imágenes de extraña vividez, se refiere a un hecho ocurrido en aquella época.

Recuerdo que me llevaban de la mano, aunque no sé si era mi madre, una niñera, una criada o una de mis tíos. Tampoco recuerdo con claridad la estación del año. El sol de la tarde iluminaba débilmente las casas que se alzaban en la ladera. Llevado de la mano por aquella mujer olvidada, subía la cuesta camino de mi casa. Alguien bajaba hacia nosotros, y la mujer tiró de mi mano. Nos apartamos y esperamos quietos al lado del camino.

No cabe la menor duda de que la imagen que entonces vi ha adquirido nuevo significado a través de las incontables veces que la he vuelto a ver, que la he intensificado, que he centrado en ella la atención. Sí, ya que en el ámbito del nebuloso perímetro de esa escena, solamente la figura de aquel «alguien que bajaba» destaca con desproporcionada claridad. Y con razón, porque esa imagen es la primera de las que me han atormentado y aterrado toda mi vida.

Quien bajaba hacia nosotros era un hombre joven, de hermosas y coloradas mejillas y ojos resplandecientes, con una sucia tira de tela alrededor de la cabeza para contener el sudor. Bajaba, llevando sobre un hombro una larga pieza de madera de la que pendían cubos de inmundicia nocturna, y hábilmente armonizaba sus pasos con el balanceo de la madera, manteniéndola así en equilibrio. El hombre de las inmundicias nocturnas era el encargado de llevarse los excrementos. Iba vestido de obrero y calzaba una especie de zapatillas que dejaban al descubierto los dedos de los pies, con suela de goma, y parte superior de tela de saco. Llevaba pantalones de algodón, azules y muy ceñidos.

El examen a que sometí a aquel joven fue insólitamente minucioso para un niño de cuatro años. A pesar de que entonces no me di clara cuenta de ello, aquel muchacho representó para mí la primera revelación de cierto poder, la primera llamada, a mí dirigida, por una voz extraña y secreta. Es revelador que esta llamada se expresara, por vez primera, con la forma de un porteador de inmundicias nocturnas. El excremento simboliza la tierra, y no cabe duda de que fue el malévolο amor de la madre tierra lo que me tentó.

Tuve el presentimiento de que en este mundo se da un deseo de tal especie que es como un punzante dolor. Al levantar la vista y mirar a aquel sucio muchacho, me sentí ahogado por el deseo, pensando: «quiero cambiarme por él»; pensando: «quiero ser él». Recuerdo claramente que mi deseo se centraba en dos puntos principales. El primero de ellos eran los ceñidos pantalones azules, y el segundo era el trabajo del muchacho. Los ceñidos pantalones destacaban claramente las líneas de la parte inferior de su cuerpo, que avanzaba con suave agilidad y parecía dirigirse directamente hacia mí. En mi interior nació una inexplicable adoración hacia aquellos pantalones. No comprendía por qué.

Y su trabajo... En aquel instante, de la misma manera que otros niños, que en cuanto pueden usar la memoria desean ser generales, me poseyó la ambición de llegar a ser porteador de inmundicias nocturnas. El origen de esa ambición quizá se hallara, en parte, en los ceñidos pantalones azules, pero no íntegramente. Con el paso del tiempo esa ambición adquirió más y más fuerza y, al crecer en mi interior, tuvo un extraño desdoblamiento.

Quiero decir que sentía hacia el trabajo de aquel hombre algo parecido al deseo de experimentar un dolor penetrante, una pena que atormentara el cuerpo. La ocupación de aquel muchacho me produjo una sensación de «tragedia», en el sentido más sensual de esta palabra. Cierta sensación parecida a la de «abnegación», cierta sensación de indiferencia, cierta sensación de intimidad con el

peligro, una sensación semejante a la de la mezcla entre la nada y el poderío vital; todas esas sensaciones emanaban tumultuosamente de la función de aquel muchacho y quedé en ellas sepultado, quedé apresado en ellas a la edad de cuatro años. Probablemente tenía una idea errónea de lo que es el trabajo de un porteador de inmundicias nocturnas. Probablemente me habían hablado de otro trabajo y, engañado por el atavío de aquel muchacho, había vertido su ocupación en el molde de aquella otra de que me habían hablado. Es la única explicación que se me ocurre.

Seguramente a eso se debió, ya que llegó el momento en que, sintiendo aquellas mismas emociones, tuve la ambición de ser conductor de *hana-densha*, aquellos tranvías tan alegremente adornados con flores en los días de festejos populares, o bien revisor del metro. Ambas ocupaciones me producían una fuerte impresión de «un vivir trágico», de un vivir que yo desconocía y al que, al parecer, no me permitían acceder. Eso era de especial aplicación a los revisores del metro. Las filas de dorados botones en la chaqueta, como una guerrera, de sus azules uniformes, se mezclaban en mi mente con el olor que impregnaba el aire del ferrocarril subterráneo en aquellos tiempos —olor a caucho o a menta—, y evocaba con gran facilidad asociaciones con «cosas trágicas». No sé por qué estimaba que era «trágico» que una persona se ganara la vida en un ambiente con aquel olor. Las vidas y los hechos que discurrían sin guardar relación alguna conmigo, en lugares que no sólo ejercían atracción sobre mis sentidos sino que, además, me estaban vedados, juntamente con todas las personas que rodeaban a unas y otros, eran lo que yo consideraba «cosas trágicas». Parecía que mi pena por estar enteramente excluido de aquello siempre se transformaba, en mis sueños, en pena hacia aquellas personas y su manera de vivir, y que intentaba compartir su existencia solamente como méritos de mi pena.

Si realmente era así, aquellas mal llamadas «cosas trágicas» de las que comenzaba a tener conciencia constituían solamente sombras proyectadas por los destellos de un presentimiento de una futura pena más dolorosa, de una exclusión aún más desoladora que todavía no se había producido.

Hay otro recuerdo primerizo referente a un libro con ilustraciones. Aprendí a leer y a escribir a los cinco años, y todavía no podía leer el texto de aquel libro, por lo que ese recuerdo seguramente se remonta también a mis cuatro años.

Por aquel entonces tenía varios libros con ilustraciones, pero me encapriché, total y exclusivamente, con aquel libro y sólo con aquél, y además a causa de una sola reveladora ilustración. Podía pasar tardes enteras, tardes aburridas, dedicado a contemplar aquella ilustración y a soñar; pero si alguien se acercaba al lugar en que yo me encontraba, me sentía culpable sin razón alguna y me apresuraba a pasar la página. La vigilancia de una enfermera o de una niñera me resultaba insopportable. Ansiaba gozar de una vida en la que pudiera contemplar aquella ilustración todo el día. Cuando abría el libro por aquella página, el corazón me latía más deprisa. Las restantes páginas nada significaban para mí.

La ilustración mostraba a un caballero en un blanco corcel y con la espada en alto. El caballo, dilatados los ollares, golpeaba el suelo con sus poderosas patas delanteras. En la armadura del caballero había un hermoso escudo de armas. El caballero, de bello rostro, miraba con la celada y blandía la temible espada, recortada contra el cielo azul, enfrentándose con la Muerte o, por lo menos, con un objeto que le atacaba rebosante de maligno poderío. Estaba yo convencido de que aquel caballero moriría en el instante siguiente. Si volvía la página, le vería sin la menor duda en el instante de morir.

Antes de que se adquieran los conocimientos precisos, no cabe duda alguna de que existe un recurso por el cual las ilustraciones de

un libro pueden ser transformadas en lo que serán «en el instante siguiente».

Pero un día mi institutriz abrió aquel libro precisamente por aquella página. Y mientras yo dirigía una rápida mirada de soslayo a la ilustración, dijo:

—¿Sabe el señorito la historia de este cuadro?

—No, no la sé.

—Parece un hombre, pero es una mujer. De veras. Se llamaba Juana de Arco. La historia dice que fue a la guerra vestida de hombre, y que así sirvió a su patria.

—¿Una mujer...?

Me quedé de una pieza. La persona que yo creía era *A*, resultó ser *ella*. Si aquel hermoso caballero era una mujer, ¿no quedaba todo reducido a la nada? (Incluso ahora siento repugnancia, profundamente arraigada y de difícil explicación, por las mujeres vestidas de hombres). Ésa fue la primera «venganza de la realidad» que la vida me deparó, y me pareció una cruel venganza que se cebaba sobre todo en las fantasías que acariciaba referentes a la muerte del caballero, de *él*. A partir de aquel día hice caso omiso del libro. Ni siquiera lo cogí. Años después descubriría la glorificación de la muerte de un bello varón en una poesía de Oscar Wilde:

Fair is the knight who lieth slain

Amid the rush and reed...^[1]

En su novela *Là-Bas*, Huysmans estudia el carácter de Gilles de Rais, encargado de la guardia de Juana de Arco, por real mandato de Carlos VII, y dice que, si bien no tardaría en pervertirse y cometer «las más refinadas cruelezas y los más fuertes crímenes», el originario impulso de su misticismo nació de ver con sus propios ojos los milagrosos hechos de toda suerte llevados a cabo por Juana de Arco. Y, aun cuando, en mi caso, produjo efectos de sentido contrario, suscitando un sentimiento de repugnancia, la Doncella de Orleans también tuvo un importante papel en mi vida...

Otro recuerdo es el del olor del sudor, un olor que me inducía a replegarme en mí mismo, que despertaba mis deseos y que me avasallaba...

Si aguzo el oído, percibo un batir ahogado y muy débil, amenazador. Al cabo de un rato, a ese sonido se une el de una corneta. Un sonido sencillo y extrañamente plañidero, un sonido de cánticos se acerca. Tirando de la mano de la niñera, la invito a que me acompañe a toda prisa, corriendo, enloquecido por el deseo de hallarme en la verja, sostenido entre sus brazos.

Se trataba de las tropas que pasaban por delante de casa al regresar de la instrucción. A los soldados les gustan los niños y siempre aguardaba con impaciencia el momento en que me regalaban cartuchos vacíos. Y, como mi abuela me había prohibido que aceptara semejantes obsequios por considerarlos peligrosos, el placer inicial quedaba aderezado con los goces de lo furtivo. El pesado sonido de las botas militares, los sucios uniformes y el bosque de mosquetones al hombro es espectáculo suficiente para dejar en fascinado grado sumo a cualquier niño. Pero a mí lo que me fascinaba era sencillamente el olor a sudor, que constituía un estímulo oculto bajo mis esperanzas de que me regalaran cartuchos.

El olor a sudor de los soldados —aquel olor como el de la brisa marina, como el del aire de la playa quemada por el sol hasta dejarla de oro— me intoxicaba al penetrar en mi olfato. Probablemente es mi primer olor en el recuerdo. No hace falta decir que en aquellos tiempos el olor no podía tener relación directa alguna con sensaciones de orden sexual, pero poco a poco y de manera constante y tenaz, despertó en mí un sensual deseo de realidades tales como el destino de los soldados, la trágica naturaleza de su misión, los lejanos países que verían, las maneras en que morirían...

Estas extrañas sensaciones son las primeras cosas que encontré en la vida. Desde un principio las tuve ante mí en toda su

verdadera y dominante integridad. Nada faltaba en ellas. En años posteriores, busqué las causas y los motivos de mis sentimientos y de mis actos, y una vez más nada faltaba en ellos.

Desde la infancia, mis ideas en lo tocante a la existencia humana jamás se han apartado de la agustiniana teoría de la predeterminación. Una y otra vez me atormentaron las dudas vanas —como siguen atormentándome en la actualidad—, pero consideraba que esas dudas eran sólo una especie de tentación de pecar, y seguí incombustiblemente fiel a mis convicciones deterministas. Me habían entregado, por así decirlo, un menú completo de todos los problemas que tendría en la vida, cuando, por mi corta edad, todavía no podía leerlo. Pero me bastaba con desplegar la servilleta y enfrentarme con la mesa. Incluso el hecho de llegar a escribir un libro tan raro como el que ahora escribo constaba con exactitud en aquel menú, y este hecho forzosamente tuvo que estar ante mi vista desde el principio.

La infancia es un período en el que el tiempo y el espacio se mezclan. Por ejemplo, las noticias que oía de labios de los adultos referentes a hechos ocurridos en diversos países —la erupción de un volcán o la insurrección de un ejército, por ejemplo—, y las cosas que ocurrían ante mi vista —las enfermedades de mi abuela o las pequeñas peleas familiares—, y los fantásticos acontecimientos del mundo de los cuentos de hadas en el que acababa de sumergirme, me parecían siempre tres clases de hechos del mismo valor y naturaleza. No podía creer que el mundo fuera más complicado que la estructura de un edificio de juguete, que los bloques de madera; ni tampoco que la llamada «comunidad social», a la que en su día tendría que incorporarme, fuera más deslumbrante que el mundo de los cuentos de hadas. De esa manera, sin que me diera cuenta, uno de los factores determinantes de mi vida comenzó a producir sus efectos. Y debido a que luchaba contra él —desde el principio todas mis fantasías estaban matizadas de desesperación—, ese factor

determinante fue extrañamente completo, y semejante a un deseo apasionado.

Una noche, hallándome en cama, vi una ciudad resplandeciente flotando en la oscuridad que me rodeaba. Reinaba un extraño silencio en aquella ciudad, aunque rebosaba esplendor y misterio. Podía ver con toda claridad la mística marca impresa en los rostros de los ciudadanos. Se trataba de adultos que regresaban a casa a altas horas de la noche conservando todavía en su habla y su gesto el rastro de algo parecido a las señas y contraseñas secretas, algo que olía a masonería. Además, en sus caras relucía una capa, resultante de la fatiga, que los inducía a rehuir que los mirasen directamente. Al igual que ocurre con esas máscaras de celebración que dejan polvillo plateado en los dedos si uno los toca, parecía que si pudiera tocarles la cara descubriría el color de la pigmentación con que la ciudad nocturna los había pintado.

Y llegó el momento en que la noche levantó un telón ante mis ojos, revelando el escenario en que la señora Shokyokusai Tenkatsu llevaba a cabo sus hazañas de arte mágico. (Esa señora efectuaba una de sus muy escasas actuaciones teatrales en un local del distrito de Shinjuku, y, a pesar de que la actuación del mago Dante, a quien vi en el mismo teatro años después, quedaba enmarcada en una escala mucho mayor que la de la señora Shokyokusai Tenkatsu, ni Dante ni la Exposición Universal del Circo Hagenbeck me impresionaron tanto como la actuación de la señora Tenkatsu la primera vez que la vi).

Indolente, la señora Tenkatsu paseaba por el escenario su opulento cuerpo ataviado con velos semejantes a los de la Gran Ramera del Apocalipsis. Lucía en los brazos montones de destellantes argollas cuajadas de piedras preciosas artificiales. Llevaba una gruesa capa de pintura, como una cantante de baladas, con una capa de polvos blancos que le cubría hasta las puntas de los dedos de los pies, y vestía aparatosas prendas que daban a su persona esa clase de vulgar relumbrón que sólo tienen las

mercancías de mal gusto. Sin embargo, por raro que parezca, todo lo dicho estaba en melancólica armonía con el altanero aire de importancia que se daba, ese aire característico, por igual, de los magos y de los aristócratas exiliados, aire que dotaba de sombrío encanto a dicha señora, y que era afín con su porte de heroína. El delicado matiz que esos discordantes elementos en conjunto considerados conferían a su persona, producía una sorprendente e incomparable ilusión de armonía.

De una forma vaga, me di cuenta de que el deseo de «convertirme en la Tenkatsu» y el de «llegar a ser conductor de tranvía» eran esencialmente diferentes. La más clara diferencia radicaba en que, en el caso de la Tenkatsu, mis ansias carecían casi totalmente de «naturaleza trágica». En mis ansias de transformarme en la Tenkatsu no percibía el sabor de aquella amarga mezcla de deseo y vergüenza. Pero, a pesar de eso, un día, esforzándome arduamente en acallar los latidos de mi corazón, entré a escondidas en el dormitorio de mi madre y abrí los cajones en que guardaba sus ropas.

De entre los kimonos de mi madre elegí el más vistoso, el de colores más vivos. Escogí una faja con rosas escarlata pintadas al óleo, y me la enrosqué, dándole qué sé yo las vueltas a la cintura, como hacen los bajae de Turquía. Me cubrí la cabeza con crespón de China. Se me sonrojaron de placer las mejillas cuando me puse ante el espejo y vi que el improvisado tocado que me había puesto en la cabeza se parecía al de los piratas de *La isla del tesoro*.

Pero mi trabajo no había terminado ni mucho menos. Lo que yo ansiaba, y esa ansia embargaba mi cuerpo entero, era tener la apariencia propia del creador de misterios. Me puse en la faja un espejo de mano, con mango, y me empolvé levemente la cara. Me armé con una linterna de color plateado, con una anticuada pluma estilográfica de metal brillante y con cuanto atrajo mi vista.

Adopté un aire solemne y, así vestido, fui corriendo a la sala de estar de mi abuela. Incapaz de reprimir mi placer y mis frenéticas

risas, estuve dando vueltas a todo correr por la estancia, gritando:

—¡Soy la Tenkatsu! ¡Soy la Tenkatsu!

Allí estaba mi abuela, tendida porque se encontraba enferma, y también estaba mi madre, y una visita, y la doncella que cuidaba de la enferma. Pero a nadie vi. Mi frenesí se centraba en la conciencia de que, gracias a mi disfraz, eran muchos los ojos que veían a la Tenkatsu. En pocas palabras, sólo a mí mismo podía ver.

Y entonces vi la cara de mi madre. Se había puesto levemente pálida y seguía sentada, impasible, como abstraída. Nuestras miradas se encontraron y mi madre bajó la vista.

Y comprendí lo que ocurría. Las lágrimas le velaban la vista.

¿Qué fue lo que en aquel instante comprendí o estuve a punto de comprender? ¿Acaso la canción de años posteriores —la canción del «remordimiento como preludio del pecado»— se insinuó en aquel instante? ¿O quizás aquel momento me reveló cuán grotesco parecería mi aislamiento a la vista del amor, mientras aprendía al mismo tiempo el reverso de aquella lección, o sea, mi incapacidad de aceptar el amor?

La doncella me cogió y me arrastró a otra estancia. En un instante, como si desplumara a un gallo, la criada me despojó de mi indignante disfraz.

Mi pasión por disfrazarme se agravó cuando comencé a ir al cine. Y seguí sintiéndola de manera destacada hasta los nueve años de edad.

Un día fui en compañía del estudiante que teníamos empleado en casa como acompañante y casi preceptor a ver la versión cinematográfica de *Fra Diavolo*. El actor que interpretaba el papel de Diavolo llevaba un inolvidable vestido cortesano, con cascada de encajes en las bocamangas. Cuando dije que me gustaría mucho tener un vestido como aquél y llevar una peluca semejante a aquélla, el estudiante se rió despectivamente.

Sin embargo, me constaba que el estudiante divertía a menudo a las criadas, en los aposentos de la servidumbre, con sus imitaciones

del personaje, debido a Kabuki, llamado la princesa Yaegaki.

Después de la Tenkatsu, quien me fascinó fue Cleopatra. Un día que nevaba, a fines de diciembre, un médico amigo de casa, accediendo a mis reiteradas peticiones, me llevó al cine a ver una película sobre Cleopatra. Debido a que estábamos a fines de año, había poco público. El médico colocó los pies en el listón de la butaca vecina y se durmió. Vi la película ávidamente, en trance: la reina de Egipto entrando en Roma, llevada en alto en una litera antigua y extrañamente construida, a hombros de una multitud de esclavos; sus melancólicos ojos, con los párpados densamente pintados de oscuro; su mundanal atavío; y después la vi medio desnuda, con su cuerpo de piel ambarina destacando sobre la alfombra persa...

En esa ocasión, gozando ya plenamente con el acto de portarme mal, eludiendo la vigilancia de mi abuela y de mis padres, y contando con la complicidad de mi hermana y hermano menores, me entregué a la tarea de disfrazarme de Cleopatra. ¿Qué esperaba conseguir con aquel femenino atavío? Hasta mucho después no descubrí que esperanzas como las mías habían alentado entonces en el pecho de Heliogábalo, emperador romano en los tiempos de la caída de Roma, destructor de los antiguos dioses romanos, monarca decadente y bestial.

El porteador de las inmundicias nocturnas, la Doncella de Orleans y el olor a sudor de los soldados formaron algo parecido al prólogo de mi vida. Tenkatsu y Cleopatra fueron como un segundo prólogo. Y todavía hubo un tercer prólogo que debo relatar.

Pese a que en la infancia leía cuantos cuentos de hadas estaban al alcance de mi mano, las princesas jamás me gustaron. Sólo me gustaban los príncipes. Y entre éstos los que más me agradaban eran aquellos que morían asesinados o aquellos otros a los que su

sino había condenado a una muerte violenta. Me enamoraba de todo joven que muriera a mano airada.

Pero no comprendía la razón por la que, entre los muchos cuentos de Andersen, sólo *El duende de la rosa* proyectaba profundas sombras en mi corazón, sí, esto sólo lo conseguía aquel hermoso joven que, al oler la rosa que a modo de prenda le había dado su amada, era apuñalado y decapitado por un villano armado con un gran cuchillo. Y tampoco comprendía por qué, entre los numerosos cuentos de Oscar Wilde, sólo el cadáver del joven pescador de *El pescador y su alma*, arrojado por las olas a la playa, abrazado a la sirena, me había cautivado.

Como es natural, me gustaban también otros relatos destinados a niños. Me gustaba *El ruiseñor* de Andersen, y me deleitaba con gran cantidad de libros con dibujos. Pero la debilidad que mi corazón sentía por la Muerte, la Noche y la Sangre era innegable.

Las visiones de príncipes muertos violentamente me perseguían sin cesar. ¿Quién podía explicarme la razón por la que hallaba tanto placer en aquellas fantasías en que las ceñidas y reveladoras medias que llevaban los príncipes iban ligadas a una muerte cruel? A este respecto, recuerdo con especial claridad un cuento húngaro. Durante mucho tiempo una ilustración extremadamente realista de aquel relato cautivó mi corazón.

Esa ilustración, iluminada con colores muy vivos, mostraba a un príncipe ataviado con medias negras y una blusa de color rosa bordada con oro en el pecho. Sobre los hombros llevaba una capa de color azul oscuro, forrada de escarlata, y un cinto verde y dorado ceñía su cintura. Se tocaba con casco de oro verdoso y llevaba una espada de vivo rojo y un carcaj de cuero verde. Con la mano izquierda, enguantada en blanca cabritilla, sostenía un arco; la derecha reposaba en la rama de un viejo árbol del bosque; y el príncipe, grave e imperioso, contemplaba las aterradoras fauces del enfurecido dragón que se disponía a abalanzarse sobre él. Su rostro mostraba la expresión de resuelta aceptación de la muerte. Si el

destino de ese príncipe hubiese sido el de triunfar en su lucha con el dragón, cuán débil habría sido la fascinación en mí ejercida. Pero, por fortuna, el sino del príncipe era la muerte.

Sin embargo, para mi desdicha, su muerte no era perfecta. A fin de rescatar a su hermana y casarse con una bella princesa, aquel príncipe padecía siete veces la dura prueba de la muerte y, gracias a los mágicos poderes de un diamante que llevaba en la boca, siete veces resucitaba y al fin vivía feliz eternamente.

Aquella ilustración correspondía a la escena inmediatamente anterior a la muerte número uno del príncipe, consistente en ser devorado por el dragón. Luego, el príncipe era apresado por una gran araña que, después de impregnar de veneno todo su cuerpo, lo devoraba vorazmente. Y, a continuación, el príncipe era ahogado, asado, picado por avispas y mordido por serpientes, arrojado a un pozo en cuyo fondo había infinidad de grandes cuchillos con la punta hacia arriba, y después moría aplastado por gran número de piedras que caían «cuál lluvia torrencial».

La muerte del príncipe en las fauces del dragón estaba descrita de manera particularmente minuciosa:

«Sin perder un instante, el dragón comenzó a pegar voraces dentelladas al príncipe, triturando así su cuerpo. Aquello fue casi insoportable para el príncipe, pero reunió todo su valor y soportó la tortura con firmeza, hasta que, al fin, el dragón lo dejó totalmente triturado. Entonces, como por ensalmo, el cuerpo del príncipe volvió de repente a quedar entero, y saltó ágilmente de la boca del dragón. No llevaba en el cuerpo ni siquiera un arañazo. El dragón cayó derrumbado al suelo y murió».

Leí este párrafo centenares de veces. Pero la frase «No llevaba en el cuerpo ni siquiera un arañazo» me parecía un defecto que no podía pasar inadvertido. Al leerla consideraba que el autor no sólo me había traicionado, sino que también había cometido un grave error.

Poco tardé en hacer un descubrimiento, consistente en leer el párrafo ocultando con las manos las siguientes palabras: «el cuerpo del príncipe volvió de repente a quedar entero, y saltó ágilmente de la boca del dragón. No llevaba en el cuerpo ni siquiera un arañazo. El dragón». De esta manera, el cuento alcanzaba la perfección ideal:

«Sin perder un instante, el dragón comenzó a pegar voraces dentelladas al príncipe, triturando así su cuerpo. Aquello fue casi insoportable para el príncipe, pero reunió todo su valor y soportó la tortura con firmeza, hasta que, al fin, el dragón lo dejó totalmente triturado. Cayó derrumbado al suelo y murió».

Cualquier adulto se hubiera dado cuenta de cuán absurda era esa manera de amputar. E incluso aquel joven y ardiente censor percibía la flagrante contradicción que se daba entre «quedar totalmente triturado» y «caer derrumbado al suelo», pero dicho censor se enamoraba fácilmente de sus propias fantasías y no podía prescindir de ninguna de las dos frases.

Por otra parte, me deleitaba imaginando situaciones en las que yo moría en batalla o era asesinado. Pero, a pesar de eso, tenía un miedo anormalmente intenso a la muerte. Un día traté brutalmente a una criada hasta el punto de hacerla llorar, y a la mañana siguiente vi que me daba el desayuno con una alegre sonrisa, como si nada hubiese ocurrido. Entonces vi en su sonrisa todo género de siniestros significados. Pensaba que forzosamente tenían que ser sonrisas diabólicas nacidas de estar plenamente segura de alzarse con la victoria. Estaba convencido de que aquella criada proyectaba envenenarme para vengarse. Oleadas de temor me invadían. No me cabía la menor duda de que la taza de caldo había sido envenenada, y por nada del mundo estaba dispuesto a tocarla. Muchas fueron las comidas en las que acabé poniéndome en pie de un salto y dirigiendo una dura y fija mirada a aquella doncella, como diciéndole: «Conque ¿ésas tenemos?». Me parecía que aquella mujer quedaba tan desalentada al ver que sus planes de

envenenarme fracasaban que no podía levantarse de la mesa en que me daba la comida, y se quedaba allí, fija la vista en el caldo, ya frío, con polvillo flotando en la superficie, mientras la fámula se decía que con el poco caldo que yo había tomado difícilmente podía el veneno surtir efecto.

La preocupación por mi débil salud y también el deseo de evitar que adquiriera malas costumbres habían inducido a mi abuela a prohibirme que jugara con los niños del barrio, por lo que mis únicos compañeros de juego, exceptuando a las criadas y a las institutrices, eran tres niñas que mi abuela había escogido entre las del vecindario. El más leve ruido, como el de una puerta al ser abierta o cerrada, el sonido de una trompeta de juguete, el de una lucha infantil, o cualquier género de vibración, producía neuralgia a mi abuela, por lo que nuestros juegos tenían que ser silenciosos, mucho más silenciosos incluso de lo que suelen ser los juegos de las niñas. Antes que jugar de esa manera, yo prefería estar a solas con un libro, o jugar con los bloques de construcciones, o entregarme a mis fantasías, o dibujar. Cuando mi hermana y mi hermano nacieron no fueron confiados a la abuela, como me sucedió a mí, sino que mi padre hizo lo preciso para que se educaran con la libertad que a los niños conviene. Pero, a pesar de ello, no envidiaba gran cosa aquella libertad ni aquella selvática alegría de que gozaban.

Pero todo cambiaba cuando visitaba a mis primas. Allí tenía que portarme como un chico, como un varón. Y en este punto debo contar un incidente que ocurrió a principios de primavera, cuando yo tenía siete años, poco antes de ingresar en la escuela primaria, en el curso de una visita a casa de cierta prima a la que llamaré Sugiko. Cuando llegamos allá —iba en compañía de mi abuela—, mi tía abuela me alabó desmesuradamente —«¡Cómo ha crecido!». «¡Qué alto y fuerte está!»—, y esos halagos afectaron de tal manera a mi abuela que levantó las prohibiciones que se referían a los alimentos que allí podía comer. Hasta entonces mi abuela había temido tanto

mis frecuentes ataques de autointoxicación a los que ya me he referido que había prohibido que comiera todo género de pescado azul. Mi dieta estaba estricta y cuidadosamente limitada. En cuanto a pescado sólo podía comer el blanco, como el halibut, el rodaballo y otros semejantes; las patatas sólo podía tomarlas en puré; y en cuanto a dulces, me estaban prohibidas las mermeladas de todo género, y sólo podía comer bizcochos ligeros, obleas y otros dulces secos; en lo referente a frutas únicamente comía manzanas cortadas en rodajas muy delgadas o pequeños gajos de mandarina. En aquella visita, comí por vez primera pescado azul, que devoré con inmensa satisfacción. Su delicado aroma significaba para mí que por fin se me había reconocido mi primer derecho de adulto; pero, al mismo tiempo, me dejó un amargo regusto de inquietud en la punta de la lengua —inquietud por haberme convertido en adulto — que todavía se reproduce, causándome sensación de incomodidad, siempre que vuelvo a experimentar el sabor de aquel pescado.

Sugiko era una chica saludable, rebosante de vida. Nunca había conseguido dormirme sin dificultades, y, cuando me quedaba a dormir en casa de mi prima, en la misma habitación que ésta y al lado de ella, contemplaba con una mezcla de admiración y envidia la manera en que Sugiko siempre se quedaba dormida en el mismo instante en que apoyaba la cabeza en la almohada, como si fuera una máquina.

La libertad de que gozaba en casa de Sugiko era mucho mayor que la que me concedían en mi casa. Como los imaginarios enemigos que querían raptarme —es decir, mis padres— no estaban presentes, mi abuela me daba mayor libertad sin la menor aprensión. Allí no había necesidad alguna de que no me apartara de su vista, como ocurría en casa.

A pesar de todo, yo no podía obtener grandes frutos de esa mayor libertad. Lo mismo que un enfermo al dar sus primeros pasos en la convalecencia, tenía una sensación de rigidez, como si actuara

guiado por una obligación imaginaria. Echaba de menos mi base de inactividad, la cama de enfermo. Y en aquella casa me exigían de manera tácita que me comportara como un chico. Así comenzó la desganada interpretación de mi comedia. En aquellos tiempos había comenzado a comprender vagamente aquel mecanismo según el cual lo que los demás consideraban una impostura por mi parte era, en realidad, una expresión de la necesidad de afirmar mi propia manera de ser, mientras que aquello que los demás suponían mi verdadera forma de ser no era más que una impostura.

Fue la renuente interpretación de esta comedia lo que me indujo a decir:

—Juguemos a guerrear.

Como mis compañeros de juego eran dos niñas —Sugiko y otra prima—, jugar a guerrear no era ni mucho menos el juego pertinente. Por su parte, las amazonas con quien me las tenía que haber no dieron grandes muestras de entusiasmo. La razón por la que propuse aquel juego también radicaba en mi invertido sentido del deber social: en pocas palabras, consideraba que no debía halagar a las niñas sino hacer lo posible para que lo pasaran mal de una manera u otra.

A pesar de que todos nos aburríamos, seguimos jugando torpemente al juego de la guerra, entrando y saliendo de la casa en penumbra. Refugiada detrás de un arbusto, Sugiko imitó el sonido de la ametralladora:

—¡Bang-bang-bang...!

Y yo decidí que había llegado el momento de poner fin a aquel asunto, por lo que eché a correr enloquecidamente hacia la casa y entré en ella. Las soldados femeninas corrieron detrás de mí, persiguiéndome con su intenso fuego de «bang-bang-bang». Me llevé la mano al corazón y caí laciamente en el centro del vestíbulo.

Acercándose a mí con gesto preocupado, las niñas me preguntaron:

—¿Qué te pasa, Koo-chan?

Y yo, sin abrir los ojos ni apartar la mano del corazón, contesté:
—He muerto en el campo de batalla.

Me sentía entusiasmado con la visión de mi propio cuerpo allí yacente, lacio y desmadejado. Me produjo un deleite indecible el que me hubieran pegado cuatro tiros y estuviera agonizando. Tenía la impresión de que, por ser yo como era, ni siquiera en el caso de ser herido por una bala de verdad sentiría dolor...

Los años de la infancia...

A mi memoria acude una escena que es como un símbolo de aquellos años. Tal como soy ahora, esa escena representa para mí la infancia en sí misma, perdida en el pasado e irrecuperable. Cuando presencié esa escena, vi la mano en ademán de despedida con la que la infancia se alejó de mí. En aquel instante tuve el presentimiento de que toda mi subjetiva concepción del tiempo, o de la intemporalidad, algún día manaría de mi interior para verterse en el molde formado por aquella escena, para transformarse en una exacta imitación de la gente, el movimiento y el sonido de ella; supe que en el mismo instante en que la copia quedara terminada, la escena original se perdería en las distantes perspectivas del tiempo real y objetivo, y que yo, quizá, sólo me quedaría con la simple imitación, o, para decirlo de otra manera, tan sólo con el cuerpo perfectamente disecado de mi infancia.

Todos hemos vivido un incidente de esa naturaleza en la infancia. Sin embargo, en la mayoría de los casos, adopta una forma tan leve que apenas merece la denominación de incidente, tan leve que suele pasar inadvertida...

La escena a que me refiero tuvo lugar cuando una multitud que celebraba el Festival de Verano cruzó tumultuosamente la puerta de nuestro jardín.

Pensando en mí y pensando también en su cojera, mi abuela había conseguido que los bomberos del barrio hicieran lo preciso

para que el desfile del festival pasara por delante de nuestra casa. En otros tiempos el desfile seguía otro itinerario, pero el jefe de los bomberos ordenaba todos los años que el desfile diera un pequeño rodeo, por lo que había llegado a ser consuetudinario que pasara por delante de casa.

Aquel día me encontraba yo en pie ante la puerta del jardín junto con otros miembros de nuestro hogar. Las dos hojas de la puerta, de hierro forjado, en forma de parra, habían sido abiertas de par en par, y las piedras de la calle habían sido cuidadosamente regadas. El dubitativo sonido de los tambores se acercaba.

La plañidera melodía de un cántico, en el que las diferentes palabras iban adquiriendo nitidez poco a poco, se alzaba sobre la confusión y el tumulto del festival, proclamando lo que bien podría llamarse tema verdadero de aquel rugido, al parecer sin propósito: un aparente lamento por la extremadamente vulgar cópula de la humanidad con la eternidad, que sólo podía consumarse mediante una piadosa inmoralidad como aquélla. En el confuso torrente de sonido fui distinguiendo poco a poco el campanilleo metálico de los aros del báculo que llevaba el sacerdote al frente de la procesión, el tartamudeante rugido de los tambores y la mezcla de rítmicos gritos de los jóvenes que llevaban a hombros el altar sagrado. Los latidos de mi corazón me ahogaban hasta el punto que apenas podía tenerme en pie. (Desde entonces, la violenta sensación de anticipo siempre ha sido para mí más angustia que placer).

El sacerdote con el báculo llevaba máscara de zorro. Los dorados ojos de ese oculto animal se fijaron en mí con excesiva intensidad, como si quisieran embrujarme, y la procesión que pasaba ante mi vista me produjo un placer emparentado con el terror. Sin que me diera cuenta, me agarré a la falda de una mujer de nuestra casa que se encontraba a mi lado. Estaba dispuesto a huir de allí con cualquier pretexto. (Desde aquellos tiempos, ésa ha sido siempre la actitud que he adoptado al enfrentarme con la vida. Ante aquello que he esperado con excesivas ansias, ante aquello

que he embellecido en demasía en mis sueños previos, lo único que puedo hacer es huir).

Detrás del sacerdote iba un grupo de bomberos que llevaban a hombros la caja del ofertorio, adornada con sagradas guirnaldas de paja trenzada; y después una multitud de chiquillos que transportaban, bamboleándolo, un altar pequeño y frívolo. Por fin comenzó a acercarse el altar principal de la procesión, el mayestático *omikoshi* negro y dorado. Hallándose aún lejos, ya habíamos visto el dorado Fénix en lo alto del altar, balanceándose deslumbrante sobre la barahúnda, como un pájaro que flotara, yendo y viniendo, sobre las olas. Y esa visión nos había llenado de desconcertante inquietud. El altar, en sí mismo, quedó a nuestra vista, y se daba un estado de venenosa calma, una calma muerta, una calma como la del aire de los trópicos, que únicamente envolvía el altar. Causaba la impresión de malévolas pereza, temblando ardiente sobre los desnudos hombros de los jóvenes que llevaban el *omikoshi*. Y dentro del perímetro de las gruesas cuerdas blancas y escarlata, dentro de las barandillas protectoras de la laca negra y de oro, detrás de las puertas de oro cerradas, se encontraba un cubo de un metro y treinta centímetros de absoluta negrura.

Ese perfecto cubo de noche vacía, balanceándose y saltando incesantemente, yendo hacia delante y hacia atrás, arriba y abajo, reinaba audaz en aquel mediodía sin nubes de principios del verano.

El altar se acercó más y más. Los jóvenes que lo llevaban vestían kimono de verano, todos con el mismo dibujo, y el delgado tejido de algodón revelaba casi por entero sus cuerpos. Sus movimientos causaban la impresión de que el altar se tambaleaba embriagado. Sus piernas formaban una gran maraña, y parecía que sus ojos no miraban las cosas de ese mundo. El joven que enarbola el gran abanico circular de la autoridad corría alrededor del grupo, animando a quienes lo formaban con gritos maravillosamente altos. De vez en cuando el altar se inclinaba

peligrosamente. Luego, entre gritos todavía más frenéticos, se enderezaba.

En ese instante —quizá debido a que los adultos de mi familia habían percibido intuitivamente que aquellos jóvenes, a pesar de que aparentaban seguir desfilando igual que antes, acumulaban en su interior unas energías a las que tenían que liberar—, la persona a la que yo había estado agarrado me cogió súbitamente de la mano y me arrastró hacia dentro.

Alguien gritó:

—¡Cuidado!

No sé exactamente lo que ocurrió después. Arrastrado por aquella mano entré corriendo en el jardín y luego penetré en la casa por una puerta lateral.

Acompañado por alguien que no recuerdo subí corriendo al segundo piso y salí al balcón. Desde allí, conteniendo el aliento, contemplé la escena. En aquel instante acababan de cruzar la puerta del jardín, con el negro altar a cuestas.

Desde entonces me he preguntado qué fuerza los llevó a actuar de aquel modo. Ni siquiera ahora lo sé. ¿Cómo pudieron aquellas docenas de jóvenes tomar repentinamente la decisión instantánea y unánime de entrar en torrente en nuestro jardín?

Con complacida pasión destruyeron las plantas del jardín. Fue una invasión devastadora. El jardín delantero, que había perdido todo interés para mí desde hacía mucho tiempo, se transformó en un mundo diferente. El altar fue paseado por todo el terreno, palmo a palmo, y los arbustos, arrancados con el sonido de las ramas al quebrarse, fueron pisoteados. Para mí resultaba difícil incluso decir qué era lo que ocurría. Los sonidos se neutralizaban entre sí y parecía exactamente que mi oído fuera invadido por reiteradas oleadas de silencio helado y de rugidos sin sentido. Lo mismo ocurría con los colores, el dorado y el bermejo, el púrpura y el verde, el amarillo y el azul oscuro; todos latían y hervían y parecían formar

un solo color, en el que el dorado y el bermejo eran el matiz dominante.

En aquello sólo hubo una cosa vívidamente clara, una cosa que me horrorizó y me hirió, dejando mi corazón rebosante de indecible angustia. Era la expresión de la cara de los jóvenes que llevaban el altar, una expresión de la más obscena y flagrante embriaguez...

||

Hacía ya un año que sufría la infantil angustia de poseer un curioso juguete. Yo tenía doce años. Ese juguete aumentaba de volumen a la menor oportunidad y parecía insinuar que, debidamente utilizado, podía ser fuente de delicias. Pero en ningún lugar tenía yo instrucciones escritas acerca de cómo utilizarlo, y por eso, cuando el juguete tomaba la iniciativa en sus deseos de jugar conmigo, quedaba yo inevitablemente desconcertado.

Alguna que otra vez, mi humillación y mi impaciencia alcanzaron tal punto de gravedad que llegué a pensar que deseaba destruir aquel juguete. Sin embargo, nada podía hacer como no fuera rendirme al insubordinado instrumento, con su expresión de dulce secreto, y esperar acontecimientos pasivamente.

Luego se me metió en la cabeza escuchar desapasionadamente los deseos de mi juguete. Gracias a eso, descubrí rápidamente que tenía aficiones claramente definidas e inconfundibles, eso que bien podría denominarse su «propio mecanismo». La naturaleza de los gustos del juguete estaba vinculada a mis recuerdos infantiles, y se centraba en realidades tales como los cuerpos desnudos de los jóvenes que en verano veía en la playa, o de los que formaban los equipos de natación en la piscina de Meiji, o en el atezado joven con quien se había casado una prima mía, o en los valerosos protagonistas de muchos relatos de aventuras. Hasta aquel momento había creído erróneamente que esas realidades sólo ejercían una atracción poética en mí, confundiendo la naturaleza de mis deseos sensuales con un sistema estético.

El juguete también levantaba la cabeza ante la muerte, los charcos de sangre y los cuerpos musculosos. Sangrientas escenas de duelos en las portadas de los semanarios de aventuras que, en secreto, pedía prestados al estudiante residente en casa; grabados de jóvenes samuráis abriéndose el vientre, o de soldados heridos de bala, prietos los dientes, y corriendo la sangre entre los dedos de las manos que oprimían el pecho cubierto de tela caqui; fotografías de luchadores de sumo, con dura musculatura, luchadores de tercera clase que aún no habían acumulado grandes cantidades de grasa... Ante estas imágenes, el juguete alzaba inmediatamente su inquisitiva cabeza. (Si se estima que el adjetivo «inquisitiva» es inadecuado, puede sustituirse por «erótica» o «lujuriosa»).

Cuando llegué a comprender lo que ocurría, comencé a buscar el placer de manera consciente e intencionada. Y entraron en juego los principios de selección y modificación. Cuando la composición de un dibujo en un semanario de aventuras me parecía deficiente, lo copiaba con lápices de colores y lo modificaba a mi gusto. Y se convertía en la representación de un joven artista de circo caído de rodillas y con las manos en una herida de bala en el pecho; o de un artista de la cuerda floja que había caído de ella, partiéndose el cráneo, y que agonizaba con media cara cubierta de sangre. A menudo, hallándome en la escuela, me preocupaba tanto el pensamiento de que esas sangrientas representaciones gráficas, que había ocultado en un cajón de la biblioteca, en casa, pudieran ser descubiertas, que ni siquiera oía la voz del profesor. Sabía que habría debido destruir aquello inmediatamente después de haberlo dibujado, pero mi juguete amaba aquello de tal manera que me resultaba absolutamente imposible hacerlo.

De esa manera, mi insubordinado juguete pasó muchos días y meses inútiles antes de llegar siquiera a cumplir su función secundaria —a la que llamaré mi «vicio»—, por no hablar ya de su última y definitiva función.

En mi vida se habían producido varios cambios. Mi familia se había dividido en dos, y, dejando la casa en que nací, se trasladó a dos casas separadas, a menos de media manzana de distancia la una de la otra, en la misma calle. Mis abuelos y yo vivíamos en una casa, en tanto que mis padres, mi hermana y mi hermano vivían en la otra. En esa época mi padre fue enviado al extranjero en misiones oficiales, visitó varios países europeos y regresó a casa. Poco después mis padres volvieron a mudarse. Mi padre había tomado por fin la tardía decisión de reclamarme para que volviera a vivir en su casa, y aprovechó aquella ocasión para hacerlo. Después de soportar la escena de la despedida de mi abuela —«un moderno melodrama», según palabras de mi padre—, me fui a vivir con mis padres. Entre la casa en que vivía y la de mis abuelos mediaban varias estaciones del ferrocarril estatal y varias paradas del tranvía del municipio. Día y noche estaba mi abuela con mi fotografía prietamente oprimida contra su seno, llorando, y padecía frenéticos ataques si yo violaba el pacto de pasar una noche, todas las semanas, en su casa. A la edad de doce años, tuve una novia apasionada, de sesenta.

Y llegó el momento en que mi padre fue destinado a Osaka. Se trasladó solo, dejando al resto de la familia en Tokio.

Un día, aprovechando que un resfriado leve me había impedido ir a la escuela, cogí unos cuantos volúmenes de reproducciones de obras de arte que mi padre había traído como recuerdo de sus viajes por tierras extranjeras, y los llevé a mi dormitorio, donde las examiné atentamente. Me deleitaron de modo especial los fotograbados de esculturas griegas que había en las guías de diversos museos italianos. En lo referente a representaciones del desnudo, aquellos grabados en blanco y negro eran, entre las muchas reproducciones de obras maestras, las que más agradaban a mi fantasía. Esto probablemente se debía al simple hecho de que,

incluso en las reproducciones fotográficas, la escultura parecía más realista.

Fue la primera vez que vi esos libros. Mi tacaño padre, llevado por el temor de que unas manos infantiles tocaran y mancharan los grabados, y temiendo asimismo —¡y cuán erróneamente!— que me sintiera atraído por las mujeres desnudas, había mantenido aquellos libros ocultos en los más profundos rincones de una alacena. Y, en cuanto a mí, hasta aquel día ni siquiera soñé que las imágenes de aquellos libros pudieran ser más interesantes que los dibujos de los semanarios de aventuras.

Comencé abriendo un volumen por una de sus últimas páginas. Y de repente ante mi vista apareció, en un ángulo de la página siguiente, un cuadro que me causó la ineludible impresión de que había estado allí, esperándome, para que yo lo viera.

Era una reproducción del *San Sebastián* de Guido Reni que se encuentra en la colección del Palazzo Rosso de Génova.

El negro y levemente inclinado tronco del árbol de la ejecución destacaba sobre un fondo a lo Tiziano, formado por un bosque melancólico y un cielo sombrío y distante. Un joven de notable belleza estaba, desnudo, atado al tronco del árbol. Tenía las manos cruzadas en alto, por encima de la cabeza, y las cuerdas que le ceñían las muñecas estaban a su vez atadas al árbol. No se veían más ligaduras, y la desnudez del joven sólo la paliaba un burdo paño blanco, flojamente anudado a la altura de las ingles.

Supuse que se trataba de la representación del martirio de un cristiano. Pero como la obra se debía a un pintor de la escuela ecléctica surgida del Renacimiento, incluso la pintura de la muerte de un santo cristiano desprendía un fuerte aroma a cultura pagana. En el cuerpo del joven —que recordaba el de Antínoo, el amado de Adriano, cuya belleza tantas veces ha inmortalizado la escultura— no se veían rastros del duro vivir o de la decrepitud que en tantas representaciones de santos se ven. Contrariamente, en aquel cuerpo sólo había juventud primaveral, luz, belleza y placer.

Su blanca e incomparable desnudez resplandece sobre el fondo crepuscular. Sus brazos musculosos, brazos de guardia pretoriano acostumbrados a tensar el arco y a blandir la espada, están alzados en grácil ángulo, y sus muñecas atadas se cruzan inmediatamente encima de la cabeza. Tiene la cabeza levemente alzada y los ojos abiertos de par en par, contemplando con profunda tranquilidad la gloria de los cielos. No es dolor lo que emana de su terso pecho, de su tenso abdomen, de sus caderas levemente inclinadas, sino una llama de melancólico placer, como el que produce la música. Si no fuera por las flechas con la punta profundamente hundida en el sobaco izquierdo y en el costado derecho, parecería un atleta romano descansando de su fatiga, apoyado en un oscuro árbol de un jardín.

Las flechas se han hundido en la carne tersa, fragante y juvenil, y pronto consumirán el cuerpo, desde dentro, con llamas de supremo dolor y éxtasis. Pero la sangre no mana, y no hay aún la multitud de flechas que se ven en otras representaciones del martirio de san Sebastián. Esas dos solitarias flechas proyectan sus calmas y gráciles sombras en la tersura de su piel, como las sombras de una rama en una escalinata de mármol.

Pero todas estas observaciones e interpretaciones son posteriores.

Aquel día, en el instante en que mi vista se posó en el cuadro, todo mi ser se estremeció de pagano goce. Se me levantó la sangre y se me hincharon las ingles como impulsadas por la ira. Aquella parte monstruosa de mi ser que estaba a punto de estallar esperó que la utilizara, con un ardor sin precedentes, acusándome por mi ignorancia, jadeando indignada. Mis manos, de forma totalmente inconsciente, iniciaron unos movimientos que nadie les había enseñado. Sentí que algo secreto y radiante se elevaba, con paso rápido, para atacarme desde dentro de mí. De repente estalló y trajo consigo una cegadora embriaguez...

Pasó cierto tiempo y, luego, sintiéndome desdichado, miré alrededor de la mesa escritorio tras la que me hallaba. Un arce que crecía junto a la ventana proyectaba sobre todas las cosas un resplandeciente reflejo, lo proyectaba sobre un tintero, sobre mis libros escolares y mis apuntes, sobre el diccionario, sobre el cuadro de san Sebastián.

Había salpicaduras blancas como las nubes en todas partes, en el título de letras doradas de un libro de texto, en el cuello del tintero, en un ángulo del diccionario. En algunos objetos las salpicaduras resbalaban perezosamente, con plúmbea pesadez, en otros lanzaban un brillo mate, como los ojos del pescado. Afortunadamente, mi mano, en movimiento reflejo, protegió el cuadro, evitando que el libro se manchara.

Ésa fue mi primera eyaculación. Y también fue el principio, torpe y totalmente imprevisto, de mi «vicio».

(Interesante coincidencia es que Hirschfeld coloque los «cuadros de san Sebastián en primera fila entre las obras de arte que producen especial placer al invertido». Esta observación de Hirschfeld nos conduce fácilmente a aventurar que en la inmensa mayoría de los casos de inversión, en especial la inversión congénita, los impulsos invertidos y los sádicos se encuentran inextricablemente unidos).

Según la tradición, san Sebastián nació a mediados del siglo III, alcanzó el grado de capitán de la guardia pretoriana de Roma, y su corta vida de treinta y tantos años terminó en el martirio. Se presume que murió el año 288, durante el reinado del emperador Diocleciano. Admirado por su benevolencia era Diocleciano, hombre al que se encumbró por sus propios méritos y que sabía mucho de la vida. Pero Maximiano, quien compartía con Diocleciano el título de emperador, aborrecía el cristianismo y condenó al joven nómada Maximiliano a la pena de muerte por el delito de negarse, en nombre del pacifismo cristiano, a cumplir el obligatorio servicio de armas. El centurión Marcelo fue asimismo ejecutado por semejante fidelidad a

su religión. Ése es, pues, el panorama histórico en el que debemos situar el martirio de san Sebastián para comprenderlo debidamente.

Sebastián se convirtió en secreto al cristianismo y utilizó su rango de capitán de la guardia pretoriana para consolar a los presos cristianos. Asimismo, convirtió a varios romanos, entre ellos al que desempeñaba el cargo equivalente a alcalde de Roma. Cuando todo lo anterior se descubrió fue condenado a muerte. Fue acribillado por innumerables flechas y le dieron por muerto. Pero una piadosa viuda que acudió junto a él para enterrarle, descubrió que su cuerpo estaba aún tibio y le cuidó hasta que sanó de las heridas. Sin embargo, san Sebastián inmediatamente desafió al emperador, de cuyos dioses renegó. En esta ocasión san Sebastián fue apaleado hasta la muerte.

Las líneas generales de esta tradición pueden muy bien ser verdad. Ciento es que se sabe que muchos martirios semejantes se ejecutaron. En cuanto a las sospechas de que no hay ser humano que pueda sanar después de haber sufrido tantas heridas de flecha, cabe decir que ese hecho quizá fuera una añadidura encaminada a dar esplendor a la realidad, un consuetudinario empleo del tema de la resurrección para satisfacer con ello el general deseo de milagros.

Animado por la intención de que la exaltación que en mí produjo la leyenda, que en mí produjo el cuadro, sea más claramente comprendida, como reacción ardiente y sensual, inserto aquí la siguiente obrita inacabada, que escribí años después.

SAN SEBASTIÁN (poema en prosa)

Una vez, por la ventana de la escuela observé a escondidas un arbollo al que el viento mecía. Mientras miraba, mi corazón comenzó a latir con fiereza. Era un árbol de belleza sorprendente. Sobre el césped, elevaba aquel árbol un triángulo erecto, con líneas que lo suavizaban en redondeces; la pesada sensación de su verdor se apoyaba en múltiples ramas, crecidas hacia lo alto y hacia los

lados con la equilibrada simetría del candelabro; y bajo el verdor se veía el firme tronco, como un pedestal de ébano. Allí estaba aquel árbol, perfecto, exquisitamente forjado, sin perder ni un átomo de la gracia y espontaneidad de la Naturaleza, observando sereno silencio, como si se hubiese creado a sí mismo. Y, sin embargo, al mismo tiempo manifestaba que era realidad creada. Quizá fuera una composición musical. Una obra de música de cámara a un compositor alemán debida. La música otorga un placer tan sereno y religioso, que sólo de sagrado cabe calificar, y rebosa aquella solemnidad y nostalgia que se encuentra en las desdibujadas formas de los solemnes tapices que adornan las paredes...

Por eso, la afinidad entre la forma del árbol y los sonidos de la música tenía para mí un significado. No es, pues, sorprendente que cuando una y otros me asediaron a la vez, fortalecidos en la alianza, mi emoción indescriptible y misteriosa, antes que al lirismo, fuera afín a la siniestra embriaguez que da la conjunción de la religión y la música.

De repente, en mi corazón me pregunté: «¿No será éste el verdadero árbol, el árbol al que el joven santo fue atado con las manos a la espalda, sobre cuyo tronco la sangre sagrada goteó cual de las ramas el agua tras la lluvia, aquel árbol romano en el que el santo se estremeció en los ardientes y últimos dolores de la muerte, desgarrándose la joven carne contra la corteza, como suprema demostración de cuanto hay de dolor y placer en la Tierra?».

En los tradicionales anales del martirio se dice que en los tiempos que siguieron a la subida de Diocleciano al trono, cuando este emperador soñaba con un poderío tan ilimitado como la libre elevación del pájaro, un joven capitán de la guardia pretoriana fue encarcelado y acusado de servir a un dios prohibido. El joven capitán tenía el cuerpo suave y bello como el de aquel famoso esclavo oriental amado por el emperador Adriano, y al mismo tiempo ojos de conspirador tan ajenos a la emoción como el mismo mar. Era de atractiva arrogancia. Prendido en el casco llevaba un lirio

blanco que todas las mañanas le ofrecían las vírgenes de la ciudad. Desmayado al frente, grácilmente paralelo a sus viriles crenchas, mientras el capitán descansaba de feroces combates, el lirio era, exactamente, como el cuello del cisne.

Nadie sabía dónde había nacido el capitán ni de dónde había venido. Pero cuantos le veían consideraban que aquel joven, con el cuerpo del esclavo y las facciones del príncipe, era un peregrino que pronto partiría. Se les antojaba que aquel Endimión era un nómada al cuidado de su rebaño, que era la persona elegida para hallar unos pastos de más oscuro verde que los otros pastos.

Y también había doncellas que creían firmemente que Sebastián había llegado del mar, por cuanto se podía oír, dentro de su pecho, el rugido de las olas. En las pupilas de sus ojos había el misterioso y eterno horizonte que el mar deja como recuerdo suyo en el fondo de todos los hombres que han nacido junto a él, y que se han visto obligados a alejarse. Sus suspiros eran melancólicos como las brisas de verano en marea alta, fragantes como el aroma de las algas arrojadas a la playa.

Éste era Sebastián, joven capitán de la guardia pretoriana. ¿Y no tenía una belleza semejante que estar destinada a la muerte? ¿Acaso las robustas romanas, con sus sentidos acostumbrados al gusto del buen vino que estremece los huesos y al sabor de la carne goteando sangre roja, no supieron pronto el malhadado destino de Sebastián, que él aún ignoraba, y acaso no le amaron por eso? Su sangre, más torrencial de lo natural dentro de su carne blanca, esperaba la apertura por la que manaría cuando aquella carne fuera desgarrada. ¿Cómo podían las mujeres dejar de oír los tempestuosos deseos de semejante sangre?

Pero no era el suyo un destino que inspirase lástima. No, en modo alguno fue un destino lastimoso, antes bien altivo y trágico. Un destino que bien hubiera podido llamarse resplandeciente.

Debidamente considerado, parece probable que en muchas ocasiones, incluso en pleno trance de un dulce beso, el

presentimiento del sabor de los dolores de la muerte forzosamente tuvo que surcar su frente con una alada sombra de dolor.

Y también por fuerza tuvo que prever, aunque sólo fuera oscuramente, que no menos que el martirio era lo que desde un principio le esperaba, que aquella marca a fuego que el Destino le había impuesto era precisamente el signo que le diferenciaba de todos los hombres de la Tierra.

Y, en aquel día especial, Sebastián, en un revuelo, apartó de sí la sábana y saltó de la cama al alba, apremiado por sus deberes marciales. Poco antes del alba había tenido un sueño de mal agüero en el que bandadas de urracas se congregaban en su pecho y le tapaban la boca con sus alas agitadas, y ese sueño aún no había abandonado su almohada. Pero la burda cama en que todas las noches yacía desprendía la fragancia de las algas arrojadas a la playa, por lo que, sin duda, semejante perfume le llevaría, en el curso de muchas noches, a soñar con el mar y anchos horizontes.

Mientras, en pie ante la ventana, se ajustaba la gimiente armadura, dirigió la vista al frente, a un templo rodeado por una arboleda, y en los cielos que cubrían el templo vio que se hundía la última constelación nocturna. Contempló el magnífico templo pagano, y en los sutiles arcos de las cejas de Sebastián se formó el gesto de profundo desprecio, casi semejante al del sufrimiento, y en gran modo armónico con su belleza. Invocando el nombre del único Dios, entonó suavemente unos temibles versículos de las Sagradas Escrituras. Y en aquel momento, como si la levedad de su voz al cantar hubiera sido multiplicada millares de veces y hubiera hallado la resonancia de un mayestático eco, Sebastián oyó un gran gemido, surgido sin la menor duda del maldito templo, de aquellas columnatas que partían el cielo estrellado. Era el sonido propio de un extraño cúmulo de construcciones derrumbándose en añicos, y el sonido resonaba en la bóveda celestial con estrellas incrustadas.

Sebastián sonrió y bajó la vista a un lugar situado debajo de su ventana. Un grupo de doncellas ascendían en secreto hacia su

aposento para rezar las oraciones matutinas, tal como solían hacer, en la oscuridad precedente al alba. Y cada doncella llevaba un lirio que aún dormía, cerrado...

Estaba ya muy adelantado el invierno de mi segundo año de enseñanza secundaria. Todos nos habíamos acostumbrado al uso del pantalón largo, y en nuestro trato empleábamos el nombre o el apellido, sin formalistas adornos. (En la escuela primaria, jamás nos permitieron llevar nuestros pantalones cortos de manera que dejaran al descubierto las rodillas, ni siquiera en pleno verano, por lo que, luego, al placer de ponernos por vez primera pantalones largos se unió el de no ir con los muslos penosamente trabados. En la escuela primaria también estábamos obligados a utilizar el tratamiento formalista cuando nos dirigíamos a un compañero mencionando su nombre). También nos habíamos acostumbrado a la maravilla de burlarnos de nuestros profesores, de pagar rondas en la sala de té de la escuela, a los juegos en el bosque de la escuela, que recorríamos a toda marcha en todas direcciones, y a la vida de dormitorio compartido. Yo participaba en todo esto, salvo en el dormitorio común. Mis padres, siempre cautelosos en exceso, habían alegado mi deficiente salud para que me eximieran de la obligación de dormir en la escuela durante uno o dos años, durante la enseñanza secundaria. Una vez más, el principal motivo que inspiró a mis padres fue el de evitar que aprendiera «cosas malas».

Muy pocos éramos los estudiantes a media pensión. En el último trimestre del segundo año, un nuevo medio pensionista se unió a nuestro grupo. Se llamaba Omi. Había sido expulsado del grupo de los que se quedaban a dormir debido a su escandaloso comportamiento. Hasta aquel momento apenas me había fijado en Omi, pero después de que la expulsión le hubiera dejado la

inconfundible marca del «delincuente», no hice más que mirarle, y me resultaba muy difícil apartar la vista de él.

Un día, un amigo gordo y bonachón vino corriendo hacia mí, soltando risitas y mostrando los hoyuelos de su cara. Por esos conocidos síntomas supe que iba a comunicarme una información secreta.

Ese amigo me exhortó:

—¡Pero no se lo cuentes a nadie!

Me aparté del radiador junto al que me encontraba, y salí al pasillo con mi bonachón amigo. Nos pusimos delante de la ventana que daba al patio de tiro al arco, barrido por el viento. Esta ventana era el lugar en el que habitualmente nos contábamos secretos. Mi amigo comenzó:

—Bueno, pues, Omi...

Y aquí se calló y se le puso la cara colorada, como si le diera vergüenza proseguir. (Una vez, cuando nos encontrábamos en quinto de primaria, y ya todos habíamos hablado de «aquel asunto», ese muchacho nos había llevado la contraria a todos, empleando la siguiente rotunda frase: «Es absolutamente falso. Me consta con toda seguridad que las personas no hacen eso». Otra vez, al enterarse de que el padre de un compañero padecía parálisis, me advirtió que la parálisis era contagiosa y que más me valdría no acercarme mucho a aquel muchacho).

Le dije:

—¡Dilo ya! ¡Suelta de una vez lo que le pasa a Omi!

A pesar de que en mi casa solía hablar mediante las cortesas y femeninas fórmulas consuetudinarias, en la escuela había comenzado a hablar con rudeza, igual que los demás chicos.

Mi amigo dijo:

—Lo que te voy a decir es verdad. Ese chico, Omi... ¡De él se dice que ya se ha acostado con un montón de chicas! ¡Eso se dice!

Era fácil creerlo. Omi tenía unos cuantos años más que nosotros debido a que había repetido curso dos o tres veces. Físicamente

nos superaba a todos, y en los contornos de su cara se veían los signos de una juventud privilegiada que nos dejaba a todos en pañales. De forma innata era altanero y gratuitamente burlón. Nada había que no le pareciera merecedor de su desprecio. Para nosotros, todos los conceptos eran fijos e invariables, por lo que un estudiante de cuadro de honor era un estudiante de cuadro de honor, un profesor era un profesor. Los policías, los estudiantes universitarios o los oficinistas eran exactamente policías, estudiantes universitarios y oficinistas. Y Omi era simplemente Omi, y no había manera de hurtarse a sus despectivas miradas y a su burlona sonrisa. Dije:

—¿De veras?

Y por ignoradas razones, inmediatamente acudió a mi mente la imagen de las hábiles manos de Omi limpiando los fusiles que utilizábamos para nuestro adiestramiento militar. Recordé su elegante aspecto de jefe de escuadra; aquel Omi era el favorito del instructor militar y del profesor de gimnasia. Mi amigo prosiguió:

—¡Y ésa es la razón... la razón...!

Mi amigo soltó la obscena risita que sólo los muchachos de secundaria saben comprender en todo su significado. Siguió:

—Bueno, pues dicen que su cosa, ya sabes, es tremendamente grande. La próxima vez que juguemos al Sucio, tócala y verás. Tendrás la prueba de lo que te digo.

El Sucio era un juego tradicional en nuestra escuela, difundido entre los muchachos de primero y segundo curso, y, como suele ocurrir en toda apasionada afición a un pasatiempo, tenía más de enfermedad contagiosa que de diversión. Jugábamos a ese juego a plena luz del día y a la vista de todos. Cuando un muchacho —llamémosle A— estaba distraído, otro muchacho —llamémosle B—, dándose cuenta de la distracción del primero, echaba a correr hacia él y le agarraba sus partes. Luego B se retiraba victorioso y, desde lejos, comenzaba a gritar:

—¡Oh, qué grande! ¡Qué grande lo tiene A!

Fuera cual fuese la motivación de este juego, la única finalidad que tenía era contemplar la cómica imagen de la víctima, cuando soltaba los libros o lo que sostuviera para protegerse con ambas manos la parte de su persona sometida al ataque. En realidad, los muchachos ponían de relieve, gracias a ese juego, su propio sentimiento de vergüenza mediante las risas que soltaban. Y después, desde la segura base de risas todavía más recias, gozaban de la satisfacción de poner en ridículo su propia vergüenza, vergüenza de todos, encarnada en las ruborizadas mejillas de la víctima.

Después, como si se hubiera pactado de antemano, la víctima siempre gritaba:

—¡Oh, este B es un sucio!

Los espectadores le daban la razón a coro:

—¡Oh, este B es un sucio!

En este juego, Omi se encontraba en su elemento. Sus ataques siempre culminaban con un éxito rápido; hasta tal punto era así que había motivos para preguntarse si acaso los demás chicos no ansiaban en secreto que Omi les atacara. Por otra parte, las víctimas de Omi siempre buscaban el desquite. Pero los ataques a Omi jamás tenían éxito. Omi iba siempre con una mano en el bolsillo del pantalón, y en el momento en que le atacaban se cubría instantáneamente con la mano que llevaba en el bolsillo y con la otra. Aquellas palabras de mi amigo fueron como abono para la venenosa planta de una idea profundamente arraigada en mí. Hasta aquel momento yo había participado en el Sucio, animado por sentimientos tan absolutamente inocentes como los de los restantes muchachos. Pero las palabras de mi amigo tuvieron el efecto de poner mi «vicio» —la vida solitaria que de forma inconsciente había mantenido estrictamente aislada— en inseparable relación con aquel juego, con mi vida comunitaria. Que esa vinculación había quedado establecida en mi mente quedaba demostrado por el hecho de que, de repente, tanto si yo lo quería como si no, las palabras de

mi amigo «tócala y verás» habían quedado preñadas para mí de un significado especial, de un significado que ninguno de mis inocentes amigos podía comprender.

A partir de aquel instante, dejé de participar en el Sucio. Temía el momento en que tuviera que atacar a Omi, y temía todavía más el momento en que Omi me atacara. Estaba siempre alerta, y cuando veía indicios de que fuera a comenzar —ese juego, lo mismo que una revuelta o una algarada, podía nacer por cualquier motivo—, me apartaba de los demás, y mi vista, desde lejos y sin riesgos, quedaba clavada en Omi...

En realidad, la personalidad de Omi había comenzado a seducirnos incluso antes de que nos diéramos cuenta. Por ejemplo, ahí estaban sus calcetines. En aquellos tiempos, la corrosión de un sistema docente que se proponía formar soldados había incluso llegado a nuestra escuela. El precepto dictado por el general Enoki en su lecho de muerte —«Sé sencillo y viril»— había sido recalentado y nos lo habían vuelto a servir. Por eso, cosas tales como las bufandas, los pañuelos al cuello y los calcetines de brillante colorido eran tabúes. En realidad, las bufandas y pañuelos al cuello eran siempre mal vistos, e imperaba la norma según la cual era preciso llevar camisa blanca y calcetines negros o, por lo menos, de color liso sin dibujos. Sólo Omi iba siempre con un pañuelo de seda blanca al cuello y con calcetines de audaz dibujo.

Este primer infractor del tabú poseía la rara habilidad de disfrazar su maldad con el honrado nombre de la rebeldía. Por propia experiencia conocía la debilidad que los muchachos sienten por los encantos de la rebeldía. En presencia del instructor militar —palurdo suboficial que era el amigo del alma de Omi, o, mejor dicho, su sicario, o, por lo menos, eso parecía—, Omi se colocaba con deliberada lentitud su pañuelo al cuello, y, ostentosamente, abría y doblaba la parte superior de su capote azul con botones dorados, formando solapas a la manera napoleónica.

Sin embargo, como suele ocurrir, la rebelión de las ciegas masas no pasaba de ser una servil imitación. Con la esperanza de evitar los peligros de la rebelión y de gozar sólo de sus delicias, únicamente seguíamos el osado ejemplo de Omi en materia de calcetines. Y en eso me sumaba al comportamiento de la mayoría.

Al llegar a la escuela por la mañana, hablábamos bulliciosamente en el aula, antes de que comenzaran las clases, sentados en el tablero de los pupitres, y no en la silla. Todos aquellos que llegaban luciendo audazmente calcetines de colores, adornados con dibujos insólitos, se entregaban con gran ostentación a subirse los pantalones y marcarse la raya con los dedos en el momento de sentarse. Inmediatamente eran recompensados con gritos de admiración y miradas desorbitadas:

—¡Vaya! ¡Bonitos calcetines!

En nuestro vocabulario no había palabra elogiosa que rebasara «bonito». Omi jamás hacía acto de presencia hasta el último instante, cuando nos disponíamos a comenzar la clase. Pero en el instante en que decíamos «bonitos», ante nosotros se alzaba el recuerdo de la altanera mirada de Omi, y este recuerdo afectaba por igual al que elogiaba como al elogiado.

Una mañana, poco después de una nevada, llegué a la escuela mucho antes que los demás. La noche anterior un amigo me había llamado por teléfono para decirme que a la mañana siguiente nevaría. Por ser propenso al insomnio en las vigilias de un acontecimiento esperado con ansia, en cuanto abrí los ojos la mañana siguiente me fui a la escuela sin fijarme en que todavía era muy temprano.

La nieve apenas cubría mis zapatos. Y después, mientras contemplaba la ciudad que se extendía ante mis ojos, desde la ventanilla del ferrocarril elevado, el nevado panorama, sobre el que aún no incidían los rayos del sol naciente, era más sórdido que bello. La nieve parecía un sucio vendaje que ocultaba las heridas abiertas de la ciudad, que ocultaba aquellos surcos formados por las

calles de irregular trazado y por las tortuosas callejuelas, aquellos patios y aquellos escasos solares que constituyen la única belleza que cabe hallar en el panorama de nuestras ciudades.

Cuando el tren, casi vacío, se acercaba a la estación en la que debía apearme para ir a la escuela, vi cómo el sol se alzaba detrás del barrio industrial. Y de repente, el panorama se tornó alegre y luminoso. Las columnas formadas por las chimeneas tremadamente altas, y los sombríos altibajos de los tejados de monótono color gris pizarra, quedaban ocultos, como intimidados, bajo la sonora risa de la resplandeciente máscara de nieve. A menudo los paisajes nevados como aquél se convierten en el trágico escenario de revueltas y revoluciones. E incluso las caras de los transeúntes, sospechosamente pálidas a la luz de la nieve, se me antojaban caras de conspiradores.

Cuando bajé del tren, ante la escuela, la nieve ya comenzaba a fundirse y a mis oídos llegaba el sonido del agua que caía del tejado de la empresa de transportes contigua a la escuela. No pude evitar la fantástica imagen de que aquel sonido era el del resplandor al caer sobre todas las cosas. Blancas y relucientes porciones de aquel resplandor se arrojaban, en un gesto suicida, desde los tejados a la triste capa que cubría la calle, ensuciada por las huellas de los transeúntes. Mientras caminaba bajo los aleros de las casas, una de aquellas blancas porciones cayó por error sobre mi cogote...

En el recinto de la escuela no había siquiera la huella de una pisada. El ropero estaba cerrado a cal y canto, pero las restantes estancias se encontraban abiertas.

Abrí la ventana del aula de segundo, que se encontraba en la planta baja, y miré la nieve que cubría la arboleda que había en la parte trasera de la escuela. Allí, en el sendero que comenzaba en la puerta posterior y que, ascendiendo, cruzaba la arboleda para terminar en el edificio en que yo me encontraba, vi las huellas dejadas por unos pies muy grandes. Avanzaban por el sendero y seguían hasta llegar a un lugar situado exactamente debajo de la

ventana en que yo me hallaba. Luego, las huellas retrocedían hasta desaparecer detrás del pabellón de Ciencias, que se encontraba a mi izquierda, en diagonal.

Alguien había llegado antes que yo. Evidentemente, había entrado por la puerta de atrás, había subido por el sendero, había mirado por la ventana el interior de la clase y, al ver que no había nadie, se fue solo a la parte trasera del pabellón de Ciencias. Muy pocos eran los estudiantes mediopensionistas que entraban por la puerta trasera. Se decía que Omi era uno de estos pocos y que todos los días venía de casa de alguna mujer. Sin embargo, jamás hacía acto de presencia hasta el instante de comenzar las clases. Además, no podía imaginar quién, sino Omi, había dejado aquellas huellas, cuyo tamaño constituía la irrefutable confirmación de que se trataba de él.

Asomándome a la ventana y aguzando la vista, vi que en las huellas de pisadas había tierra negra recién dejada allí, lo que daba a las pisadas una expresión decidida y poderosa. Aquellas huellas me atraían con fuerza indescriptible. Me di cuenta de que con gusto me hubiera arrojado de cabeza por la ventana para enterrar la cara en aquellas huellas. Pero, como de costumbre, mis perezosos centros motores me protegieron de acceder a aquel súbito capricho. En vez de saltar de cabeza, puse la cartera con los libros en un pupitre y subí trabajosamente al alféizar de la ventana. Apenas hube apoyado el tronco en el alféizar, los ganchos y ojales de la parte delantera de la chaqueta de mi uniforme se convirtieron en punzantes dagas que se clavaban en mis débiles costillas, produciéndome un dolor mezclado con una especie de melancólica dulzura. Cuando hube saltado del alféizar a la nieve, me quedé con un leve dolor, un estímulo placentero que me dejó rebosante de la temblorosa emoción de la aventura.

Cuidadosamente, fui poniendo mis zapatos, protegidos con chanclos, sobre aquellas huellas.

Las huellas me habían parecido muy grandes, pero vi que eran casi del mismo tamaño que las mías. No había tenido en cuenta que la persona que las había dejado probablemente llevaba también chanclos, que estaban de moda entre nosotros en aquellos tiempos. Al pensar en ello concluí que aquellas huellas no eran lo bastante grandes para ser de Omi.

Pero, a pesar de la desagradable impresión de que mis esperanzas de encontrar a Omi detrás del pabellón de Ciencias iban a quedar defraudadas, me sentía obligado a seguir aquellas ennegrecidas huellas. Es probable que en aquel instante no actuara animado únicamente por la esperanza de encontrar a Omi, sino que, además, la visión del violado misterio de la nieve provocó en mí deseos de conocer a la persona que había llegado antes que yo y que había dejado allí sus huellas, así como deseos de vengarme de ella.

Respirando hondamente, seguí avanzando, siguiendo las huellas.

Como si cruzara un río por un sendero de piedras, avanzaba poniendo los pies huella tras huella. En su perímetro se veía ya negra tierra cristalizada, ya muertas briznas de hierba, ya grumos de sucia nieve prensada, ya guijarros. De repente, caí en la cuenta de que, de manera inconsciente, estaba caminando a largas zancadas, exactamente igual que Omi.

Siguiendo las huellas para llegar a la parte trasera del pabellón de Ciencias, tuve que cruzar la larga sombra que el edificio proyectaba sobre la nieve, y después proseguí hasta llegar al terreno elevado desde el que se dominaba el amplio campo de deportes. El manto resplandeciente que todo lo cubría impedía distinguir la pista en forma de elipse, de trescientos metros, del campo ondulado y limitado por aquélla. En un extremo del campo se alzaban, muy juntos, dos grandes árboles, y sus sombras, muy largas al sol de primera hora de la mañana, se proyectaban sobre la nieve, dando significado a la escena, proporcionando esa feliz

imperfección con que la Naturaleza siempre subraya su grandeza. Aquellos grandes árboles, semejantes a los olmos, se alzaban con plástica delicadeza contra el invernal cielo azul, a la luz de los oblicuos rayos del sol matutino, envueltos en el reflejo de la nieve a sus pies. De vez en cuando, un poco de nieve resbalaba y caía, como polvillo de oro, del cayado que con el tronco del árbol formaban las secas ramas sin hojas. Los aleros de los tejados de los edificios destinados a los dormitorios de los muchachos, que se alzaban formando una hilera al otro lado del campo de deportes, y la arboleda que había más allá, parecían inmovilizados por el sueño. Tan grande era el silencio que reinaba sobre todo que incluso la silenciosa caída de la nieve parecía producir altos y amplios ecos.

Durante un tiempo nada se veía en aquella blanca extensión.

El nevado panorama parecía, en cierto modo, un castillo en ruinas aparecido allí por milagro. Aquel panorama de espejismo estaba bañado en la misma ilimitada luz y con el esplendor que solamente se ve en las ruinas de antiguos castillos. Y allá, en un rincón de las ruinas, sobre la nieve que cubría la pista de casi cinco metros de anchura, alguien había trazado unas enormes letras del alfabeto romano. En el lugar más cercano a mí había un gran círculo: una «O». Luego venía una «M». Y más allá, la tercera letra, todavía en trance de escritura, una alta y gruesa «I».

Era Omi. Las huellas que yo había seguido llevaban a la «O», de la «O» a la «M», y por fin llegaban a la figura del propio Omi, que arrastraba sus zapatos surcando la nieve para dar culminación a su «I», fija la vista en el suelo, con el blanco pañuelo alrededor del cuello y las dos manos hundidas en los bolsillos del abrigo. Su sombra se proyectaba desafiante sobre la nieve, paralela a las sombras de los dos árboles que se alzaban en el campo.

Las mejillas me ardían. Con mis manos enguantadas hice una bola de nieve y se la arrojé. No le alcanzó.

En el instante en que Omi acababa de trazar su «I», y probablemente por pura casualidad, dirigió la vista al lugar en que

yo me hallaba. Grité:

—¡Hola!

Pese a que temía que la única reacción de Omi fuera de desagrado, me sentí empujado por una indescriptible pasión, e inmediatamente después del grito de saludo, eché a correr, sin apenas darme cuenta, por la inclinada pendiente, hacia Omi. Y mientras corría, un sonido con el que casi no me había atrevido siquiera a soñar llegó vibrante hasta mí; el sonido de su amistoso saludo, rebosante del poderío de su personalidad:

—¡Cuidado! ¡No vayas a pisar las letras!

Aquella mañana, Omi parecía realmente otro ser. Por lo general, ni siquiera cuando dormía en su casa hacía los ejercicios para entregar al día siguiente, y dejaba siempre los libros de texto en su taquilla. Por la mañana llegaba con las dos manos en los bolsillos del abrigo, a tiempo para arrojar hábilmente el abrigo en el perchero y ponerse en el último lugar de las filas que formábamos para entrar en clase. ¡Pero, qué cambio se había operado en él aquel día! No sólo tuvo que matar el tiempo a solas desde primera hora de la mañana, sino que me daba la bienvenida con su inimitable sonrisa, amistosa y ruda al mismo tiempo, y era a mí, precisamente a mí, a quien ofrecía esa bienvenida; a mí, a quien siempre había tratado como a un mocoso que ni siquiera desprecio merecía. ¡Cuánto había ansiado aquella sonrisa, el destello de aquellos blancos dientes juveniles!

Pero cuando estuve lo bastante cerca como para ver con detalle su rostro sonriente, en mi corazón murió aquella pasión que había sentido momentos antes, cuando grité «¡Hola!». De repente, quedé paralizado por la timidez. Quedé frenado por la brusca y cegadora conciencia de que, en el fondo, Omi era un solitario. Había adoptado aquella sonrisa probablemente con la finalidad de ocultar el punto débil de su armadura, que mi capacidad de comprensión había descubierto por pura casualidad, pero este descubrimiento causó más daño a la imagen que yo me había formado de Omi que a mí.

En el instante en que vi aquel enorme «OMI» dibujado en la nieve, comprendí, quizá de manera inconsciente, todos los recovecos y pliegues de su soledad, comprendí también el verdadero motivo, que probablemente ni él mismo comprendía con claridad, por el que había ido tan temprano a la escuela... Si mi ídolo hubiese hincado mentalmente la rodilla ante mí, ofreciéndome cualquier excusa como, por ejemplo: «He venido temprano para participar en la batalla de nieve», con toda seguridad habría perdido algo, en mi fuero interno, mucho más importante todavía que el propio orgullo que él hubiese menoscabado. Comprendí que a mí me correspondía hablar, por lo que, nerviosamente, me esforcé en pensar en algo que decirle. Por fin hablé:

—Hoy habrá batalla de nieve, supongo. Aunque pensaba que iba a nevar más.

Adoptó una expresión de indiferencia y repuso:

—Ya...

La fuerte línea de su quijada volvió a endurecerse en sus mejillas, y en su expresión revivió una especie de desdén y lástima hacia mí. Evidentemente, se esforzaba en tratarme como a un niño, y en sus ojos reapareció el destello de la insolencia. Una parte de su mente, forzosamente, tenía que estarme agradecida por no haberle dirigido ni una sola pregunta referente a las letras en la nieve, y yo me sentía fascinado por los penosos esfuerzos que aquel muchacho efectuaba para superar su sentimiento de gratitud. Y Omi dijo:

—¡Vaya! Soy incapaz de llevar guantes de niño.

Le contesté:

—Incluso los mayores llevan guantes de lana como los míos.

—Pobre chico, me jugaría cualquier cosa a que ni siquiera sabes la sensación que producen los guantes de piel. Fíjate...

Bruscamente puso sus guantes mojados por la nieve, sobre mis mejillas.

Me estremecí, echándome atrás. Una primaria sensación carnal ardía en mi interior, marcando a fuego mis mejillas. Me di cuenta de

que miraba a Omi con cristalina mirada.

A partir de aquel día, me sentí enamorado de Omi.

Creo que ése fue el primer amor de mi vida. Y, si se me permite hablar con franqueza, diré que se trataba, sin duda alguna, de un amor íntimamente vinculado con los deseos carnales.

Comencé a esperar con impaciencia el verano, o, por lo menos, el principio del verano. Pensaba que el verano me proporcionaría ocasión de ver desnudo el cuerpo de Omi. Y también alentaba en lo más hondo de mi ser un deseo todavía más descarado. Ver la «gran cosa» de Omi.

En la centralita telefónica de mi memoria, los hilos correspondientes a dos pares de guantes han quedado cruzados, el hilo de los guantes de piel de Omi y el de un par de blancos guantes de ceremonia. No he podido jamás determinar cuál de los dos recuerdos es real y cuál imaginario. Quizá los guantes de piel eran más armónicos con las rudas facciones de Omi. Pero también podría ser que, debido precisamente a la rudeza de sus rasgos, los guantes blancos le sentaran mejor.

Facciones rudas... Pese a que he utilizado estas palabras, en realidad se refieren solamente a la impresión que causa un rostro normal, un rostro de un hombre joven y solitario rodeado de rostros de niño. A pesar de que Omi tenía un cuerpo sin igual, no era ni mucho menos el más alto entre nosotros. El pretencioso uniforme que la escuela nos obligaba a llevar, parecido al de los oficiales de la Armada, difícilmente podía lucir en nuestros inmaduros cuerpos, y sólo Omi lo llenaba cumplidamente, produciendo una sensación de peso y solidez, y de cierta clase de sexualidad. Seguramente yo no era el único que contemplaba con mirada amorosa y envidiosa la musculatura de sus hombros y de su pecho, una musculatura de tal

género que puede adivinarse incluso cuando se halla bajo un uniforme de sarga azul.

Algo parecido a una secreta sensación de superioridad alentaba siempre en su cara. Quizá se tratara de aquel sentimiento que arde con más y más intensidad cuando más duramente queda el orgullo ofendido. Parecía que, para Omi, fracasos tales como suspensos en los exámenes y expulsiones fueran los símbolos de una vocación frustrada. ¿Vocación de qué? Vagamente imaginaba que seguramente se trataba de cierta finalidad a la que su «genio maligno» le impulsaba. Y tenía yo la certidumbre de que ni siquiera él conocía aún la amplitud de la vaga conspiración contra sí mismo.

Algo había en su cara que causaba la impresión de que un abundante torrente de sangre corría fecundamente por su cuerpo. Tenía la cara redondeada, con pómulos salientes que coronaban unas mejillas atezadas, labios que parecían haber sido cosidos de manera que formaran una delgada línea, quijada recia y nariz ancha aunque bien formada y poco saliente. Estas facciones constituían la vestidura de un alma indómita. ¿Cómo cabía esperar que semejante persona tuviera una vida secreta, una vida interior? La única esperanza que cabía alentar era descubrir en él la fórmula de aquella olvidada perfección que los demás habíamos perdido en un pasado muy lejano.

Momentos hubo en que Omi, llevado por un capricho, fijaba la vista en los libros eruditos y muy superiores a los que por mi edad me correspondían y que yo leía. Entonces le dirigía una mirada casi neutra y cerraba el libro que sostenía en las manos, para que no leyera su texto. No lo hacía por sentirme avergonzado, sino porque me apenaban los indicios de que Omi sintiera interés por cosas tales como los libros, de que pudiera poner al descubierto cualquier género de torpeza en lo tocante a libros, de que pudiera haberse cansado de su inconsciente perfección. Me amargaba pensar que aquel pescador pudiera olvidar, abandonar, negar el jónico mar de su nacimiento.

Observaba a Omi constantemente, tanto en clase como en el campo de deportes. Y mientras lo hacía, construí una perfecta imagen ilusoria de él, una imagen sin el más leve defecto. Por eso ahora no puedo descubrir ni una falta en la imagen que de él me ha quedado grabada en la memoria. En una obra escrita, como ésta, todo personaje debería adquirir vida al relatar alguna característica esencial, peculiar, algún defecto simpático; pero del recuerdo que tengo de Omi no puedo sacar ni una sola imperfección. Contrariamente, Omi me enriqueció con infinitas impresiones de infinita variedad, todas ellas delicadamente matizadas. Para decirlo en pocas palabras, lo que de Omi obtuve fue una exacta definición de lo que es la perfección en la vida y en la virilidad, expresada mediante sus cejas, su frente, sus ojos, su nariz, sus orejas, sus mejillas, sus pómulos, sus labios, sus quijadas, su cogote, su cuello, su tez, el color de su piel, su fortaleza, su pecho, sus manos y otros atributos innumerables.

Con esta base puse en funcionamiento el principio de la selección y formé una completa estructura sistemática de simpatías y antipatías. Debido a Omi, soy incapaz de amar a una persona intelectual. Debido a Omi, no me atraen las personas que llevan gafas. Debido a Omi, comencé a amar la fuerza, la impresión de sangre caudalosa, la ignorancia, la rudeza en el gesto, el habla desaliñada, y la salvaje melancolía inherente a la carne totalmente incontaminada por el intelecto...

Pero, a pesar de ello, ya desde el principio, estos rudos gustos comportaban para mí una imposibilidad lógica, y a consecuencia de ella mis deseos jamás podrían convertirse en realidad. Como norma general, nada hay más lógico que el impulso carnal. Pero en mi caso, en cuanto comenzaba a compartir la comprensión intelectual con una persona, mis deseos centrados en aquella persona se esfumaban. El descubrimiento del más leve rastro de intelectualidad en un compañero me obligaba a efectuar un juicio racional de valores. En una relación basada en la reciprocidad, como es la

amorosa, se debe dar lo mismo que al otro se exige. De ahí que el hecho de que deseara la ignorancia en un compañero exigía, aunque sólo fuera con carácter temporal, que yo me «rebelara contra el razonamiento» de manera incondicional. Mas para mí semejante rebelión era absolutamente imposible.

Por eso, cuando me encontraba ante aquellos seres poseedores de una carne puramente animal, sin que el intelecto la hubiera manchado en absoluto —jóvenes matones, marineros, soldados, pescadores—, nada podía hacer salvo contemplarlos desde lejos, con fría indiferencia, y teniendo buen cuidado de no intercambiar palabra alguna con ellos. Probablemente el único lugar en el que hubiera podido vivir a mis anchas fuera una tierra tropical, ajena a la civilización, en la que se hablara un lenguaje que yo ignorara. Ahora que pienso en ello, me doy cuenta de que, desde la más tierna infancia, he sentido una fuerte atracción hacia esos intensos veranos como los que requeman con carácter perenne las tierras salvajes...

Bueno, pues también estaban los guantes blancos de los que antes me disponía a hablar.

En mi escuela imperaba la costumbre de calzar guantes blancos en las ocasiones solemnes. Ponerse unos guantes blancos, con botones de madreperla resplandeciendo en las muñecas y tres meditativas líneas de puntos en el dorso bastaba para evocar los símbolos de esas ocasiones solemnes, la sombría sala de actos donde se celebraban las ceremonias, la caja de dulces Shioze que nos daban al partir, el cielo sin nubes bajo el que aquellos días siempre parecían emitir brillantes sonidos a mitad del camino del sol, para luego derrumbarse rápidamente.

Ocurrió un día de fiesta nacional, en invierno. Sin duda alguna se trataba del Día del Imperio. Aquella mañana, Omi también había llegado a la escuela insólitamente temprano.

Los estudiantes de segundo ya habían expulsado a los de primero de los alrededores del tronco balanceante, especie de trapecio que había en el campo de juegos inmediato a los edificios de la escuela, y lo hicieron gozando del placer de la crueldad en el comportamiento y dominando plenamente la situación. A pesar de que, externamente, se burlaban de tan infantil instrumento de diversión como era el tronco balanceante, los estudiantes de segundo aún conservaban rastros de afecto hacia él en el fondo de su corazón, y, gracias a haber alejado a la fuerza a los estudiantes de primero, podían adoptar esa actitud, que no era más que una manera de proteger su prestigio, de entregarse a aquella diversión medio en broma, sin la menor seriedad. Los alumnos de primero habían formado un círculo a cierta distancia del tronco y contemplaban el rudo juego de los alumnos de segundo, quienes, a su vez, se daban plena cuenta de que tenían público. El tronco, suspendido por unas cadenas, se balanceaba rítmicamente hacia adelante y hacia atrás, en un movimiento propio de un ariete medieval, y el juego consistía en hacer caer del tronco al rival.

Omi se hallaba en pie, en el centro del tronco, con las plantas de los pies firmemente asentadas, buscando ansiosamente con la mirada la llegada de más rivales. Su postura le hacía parecer exactamente igual que un asesino acorralado.

En nuestra clase nadie había que pudiera con Omi. Varios chicos habían saltado ya al tronco y uno tras otro fueron derribados por las rápidas manos de Omi. Los pies de los derribados habían limpiado de escarcha la tierra alrededor del tronco, escarcha que antes relucía a la luz del sol.

Después de cada una de sus victorias, Omi se agarraba una mano con la otra, por encima de la cabeza, como un boxeador triunfante, y sonreía profusamente. Y los alumnos de primero le vitoreaban, olvidando que había sido uno de los cabecillas de los chicos de segundo quien los había alejado del tronco.

Mi vista seguía los movimientos de las manos de Omi, enguantadas en blanco. Se movían con ferocidad pero, al mismo tiempo, con maravillosa precisión, como las zarpas de un joven animal, un lobo quizá. De vez en cuando cortaban el aire invernal como las plumas de la cola de una flecha, para incidir directamente en el pecho de un adversario. Y el adversario siempre caía sobre la tierra helada, de pie o de nalgas. A veces, en el momento de derribar del tronco a un adversario, poco le faltaba al propio Omi para caer él mismo, y mientras luchaba para recuperar el equilibrio de su cuerpo vacilante, se retorcía, como si padeciera un fuerte dolor, vuelto encima del tronco, cuya superficie la escarcha, levemente brillante, había vuelto resbaladiza. Pero siempre, invariablemente, la potencia de sus flexibles caderas le devolvía a aquella postura de asesino.

El tronco se movía hacia la izquierda y hacia la derecha, de manera impersonal, trazando arcos imperturbables...

De repente, mientras miraba, me sentí invadido por la inquietud, por una inquietud dolorosa e inexplicable. Se parecía a un mareo nacido de mirar fijamente el balanceo del tronco, pero no era eso. Probablemente era un vértigo mental, una inquietud en la que poco faltaba para que mi equilibrio interior quedara destruido por la visión de cada uno de los audaces movimientos de Omi. Y esa inestabilidad mía quedaba especialmente agravada por el hecho de que dos fuerzas opuestas tiraban de mí, luchando cada una de ellas para vencer a la otra. Una de ellas era el instinto de conservación. La segunda fuerza —que buscaba de manera más profunda, más intensa, la total desintegración de mi equilibrio interior— consistía en una ineludible tendencia al suicidio, en aquel sutil y secreto impulso al que a menudo las personas se rinden inconscientemente.

—¿Se puede saber qué os pasa, hatajo de cobardes? ¿Es que nadie quiere subir?

El cuerpo de Omi se balanceaba suavemente a derecha e izquierda, y sus caderas se movían al compás del balanceo del

tronco. Apoyó sus enguantadas manos en las caderas. La franja dorada alrededor de la gorra brillaba al sol matutino. Jamás le había visto tan hermoso como en aquel momento.

Grité:

—¡Yo! ¡Yo subo!

La violencia de los latidos de mi corazón había ido constantemente en aumento, y, utilizándola como medida, había previsto con exactitud el momento en que gritaría esas palabras. Siempre me ha ocurrido lo mismo en los momentos en que he cedido a mis deseos. Tenía la impresión de que saltar sobre aquel tronco era más un hecho predeterminado que un acto impulsivo. En años posteriores, actos como aquél me indujeron a creer erróneamente que yo era un hombre de «voluntad fuerte». Todos gritaron:

—¡Ten cuidado! ¡Ten cuidado! ¡Que te va a tumbar!

Entre los gritos de mofa subí a uno de los extremos del tronco. Cuando intenté ponerme en pie, los pies comenzaron a resbalar y, una vez más, las estridentes voces estremecieron el aire.

Omi me saludó poniendo cara de payaso. Hacía cuanto podía para interpretar el papel de torpe insensato, y fingía que le resbalaban los pies. Se burló de mí agitando ante mis narices sus manos enguantadas de blanco. Para mí aquellos dedos blancos eran las agudas puntas de un arma peligrosa que iban a atravesar mi cuerpo.

Las palmas de nuestras manos entrechocaron muchas veces en secas palmadas dolorosas, y cada una de esas veces me tambaleé al impulso del golpe. Era evidente que Omi no empleaba deliberadamente todas sus fuerzas, como si quisiera divertirse tranquilamente, retrasando con ello lo que de otro modo hubiera sido una victoria excesivamente rápida.

—¡Oh, oh...! ¡Qué miedo! ¡Qué fuerte eres! ¡Estoy perdido! ¡Que me caigo, que me caigo...! ¡Mira!

Me sacó la lengua y fingió que iba a caerse. Para mí resultaba intolerablemente doloroso ver que ponía cara de payaso, ver cómo, sin darse cuenta, destruía su propia belleza. A pesar de que poco a poco me obligaba a retroceder a lo largo del tronco, tuve que bajar la vista. Y en el preciso instante en que la bajaba, recibí un golpe de la mano derecha de Omi. Instintivamente, para no caer, lancé un zarpazo al aire con mi derecha, y, por pura casualidad, agarré las puntas de los dedos de la derecha de Omi. Y tuve la vívida sensación táctil de los dedos de Omi prietamente enfundados en el blanco guante.

Por un instante nos miramos a los ojos. Realmente, sólo fue un instante. El gesto de payaso había desaparecido, y el rostro de Omi estaba dominado por una expresión extrañamente cándida. En él vibraba algo inmaculado y altanero que no era odio ni hostilidad, algo que vibraba como la cuerda de un arco. O quizá así lo acogió mi imaginación. Quizá fuera sólo la desnuda expresión de pasmo y vaciedad propia del instante en que, impulsado por las puntas de mis dedos, sintió que perdía el equilibrio. Fuera lo que fuere, supe de manera intuitiva, y con toda certeza, que Omi se había dado cuenta de cómo le miré en el instante en el que había sentido la palpitante fuerza que se transmitió como un relámpago entre las yemas de nuestros dedos, y supe que adivinó mi secreto, adivinó que estaba enamorado de él, sí, de él y sólo de él y de nadie más en el mundo.

Y casi en el mismo instante, los dos caímos del tronco.

Sentí que me ayudaban a ponerme en pie. Fue Omi quien lo hizo. Me levantó tirando rudamente del brazo, y luego, sin decir palabra, me limpió con palmadas la tierra del uniforme. Omi llevaba los codos y los guantes manchados por una mezcla de tierra y escarcha reluciente.

Me cogió del brazo y comenzó a alejarse en mi compañía. Le miré a la cara, como afeándole aquella demostración de intimidad.

En esa escuela todos habíamos sido compañeros de clase desde los tiempos de primaria, y nada raro había en que anduviéramos con el brazo sobre los hombros de un compañero. En realidad, entonces sonó el timbre ordenándonos que formáramos filas para ir a clase; todos nos apresuramos a hacerlo y casi todos fuimos de esa manera, con el brazo encima de los hombros de otro compañero. El que Omi hubiera caído al suelo a la vez que yo no significaba más, para los otros estudiantes, que la conclusión de un juego que, poco a poco, había acabado por aburrirlos, e incluso el hecho de que Omi y yo nos alejáramos juntos, cogidos del brazo, en modo alguno merecía atención.

Por eso, para mí constituyó una suprema delicia caminar apoyándome en el brazo de Omi. Debido quizá a mi frágil constitución, por lo general, un presentimiento de maldad se mezclaba siempre con todas mis alegrías. Pero en ese caso, lo único que sentí fue la recia e intensa sensación del contacto con el brazo de Omi. Era una sensación que parecía pasar de su brazo al mío y que, después de entrar en mí, se difundía hasta llenar mi cuerpo. Me di cuenta de que deseaba caminar de aquel modo con Omi hasta el fin del mundo.

Pero llegamos muy pronto, demasiado, al lugar en que debíamos formar filas, y Omi soltó mi brazo y ocupó su puesto. Luego ni siquiera miró hacia el sitio en que me encontraba. Durante la ceremonia que se celebró a continuación, Omi estuvo sentado cuatro sillas más allá de la mía. Una y otra vez miré las manchas de mis guantes, y luego las de los guantes de Omi...

Mi ciega adoración por Omi carecía de todo elemento de crítica consciente, y menos aún podía yo adoptar un punto de vista moral en lo que a él concernía. Y siempre que intentaba definir la amorfa masa de mi adoración mediante las limitaciones del análisis, aquella adoración desaparecía. Si realmente existe el amor sin duración y

sin avances, ésa era exactamente la emoción que Omi suscitaba en mí. Los ojos con que le veía eran siempre los ojos de la «primera mirada», o, si se me permite decirlo, de la «mirada primigenia». Por mi parte, se trataba de una actitud puramente inconsciente, de un incesante esfuerzo para proteger mi pureza de catorce años del proceso de erosión.

¿Pudo aquello ser amor? Una forma de amor era sin duda, ya que, si bien en un primer análisis parecía conservar su prístina configuración inicial sin variación, repitiendo siempre, una y otra vez, aquella forma, también sufrió su propio e irrepetible aspecto de decadencia y degradación. Y fue una degradación más perversa que la de cualquier otra clase de amor normal. En realidad, de entre todas las clases de degradación que se dan en el mundo, la decadencia de la pureza es la más maligna.

Sin embargo, en mi no correspondido amor por Omi, en aquel primer amor de mi vida, me comporté como un joven pájaro que mantiene sus genuinos e inocentes deseos animales ocultos bajo las alas. No me tentaba el deseo de posesión, sino, sencillamente, la tentación pura y simple.

Lo menos que puedo decir es que mientras me encontraba en la escuela, principalmente durante una clase aburrida, no podía apartar la vista del perfil de Omi. ¿Qué más podía hacer cuando ignoraba que amar es buscar y ser buscado al mismo tiempo? Para mí el amor sólo era un diálogo de acertijos sin solución. Y en lo tocante al espíritu de mi adoración, jamás imaginé que fuese algo que exigiera respuesta.

Un día pillé un resfriado, y, a pesar de su levedad, no fui a la escuela. Al día siguiente fui y descubrí que el día anterior se había efectuado nada menos que el examen físico de primavera a los alumnos de tercer curso. Otros alumnos habían dejado de ir a la

escuela el día anterior, igual que yo, y todos juntos fuimos al departamento médico.

Allí había una estufa de gas, cuya llama azul era tan débil que, a la luz del sol, difícilmente cabía decir que la estufa estuviera encendida. Nada había en el cuarto como no fuera el olor a desinfectante. No se percibía aquel olor rosado pálido, olor a leche caliente y azucarada, tan característico de los cuartos en que un grupo de muchachos esperan ser objeto de un examen físico, desnudos y empujándose los unos a los otros. Éramos pocos, un puñado, desnudándonos en silencio, temblando de frío...

Allí había un muchacho muy flaco que, al igual que yo, siempre se resfriaba. Se encontraba de pie sobre la báscula, y mientras yo contemplaba su pálida y huesuda espalda cubierta de pelusa, recordé de repente mi constante e intenso deseo de ver el cuerpo de Omi desnudo. Me di cuenta de lo estúpido que había sido al no haber previsto que el examen físico del día anterior me hubiese deparado una excelente oportunidad de ver realizado mi deseo. Había perdido aquella ocasión. Nada podía hacer salvo esperar una ocasión puramente casual que se diera en el futuro.

Me puse pálido. La carne de gallina, igualmente pálida, que me cubrió todo el cuerpo, de repente, bruscamente, representaba para mí una forma de lamento parecida a la sensación de frío intenso. Me quedé con la mirada vacía, perdida en un punto del aire, rascándose las feas cicatrices de la vacuna en mis flacos brazos. Me llamaron. La báscula se me antojó un patíbulo en el que fueran a ejecutarme. Dirigiéndose al médico de la escuela, el enfermero aulló:

—¡Treinta y seis kilos quinientos catorce gramos!

Ese enfermero había trabajado anteriormente en un hospital militar y conservaba los modales propios de tal empleo.

Mientras el médico apuntaba el peso en mi cartilla, farfulló:

—Debería pesar cuarenta por lo menos.

Me había acostumbrado a ser objeto de esos comentarios en todos los exámenes físicos. Pero aquel día me sentí tan contento de que Omi no estuviera allí y fuera testigo de mi humillación que las palabras del médico no causaron en mí la mella de otras veces. Por un instante mi sensación de alivio casi fue de alegría.

—¡Muy bien! ¡El siguiente!

El enfermero me dio un impaciente empujón en el hombro. Pero no le dirigí la irritada y furiosa mirada con que solía obsequiarle.

Sin embargo, aunque quizá de manera confusa, seguramente intuí el final de aquel primer amor. Es muy probable que la inquietud creada por ese presentimiento formara el núcleo central de mi placer.

Hubo un día, a fines de primavera, que fue como una muestra que un sastre hubiera cortado de la pieza de tela del verano, o como una prueba del vestuario de la próxima estación. Fue aquel día del año que llega en calidad de representante del verano para inspeccionar el ropero de cada cual y comprobar que todo está dispuesto para lo que se avecina. Fue el día en que la gente aparece con camisas de verano para demostrar que ha pasado satisfactoriamente el examen.

A pesar del calor del día, yo estaba resfriado y tenía irritados los bronquios. Uno de mis amigos se encontraba mal del estómago y fuimos juntos a la enfermería para que nos excusaran por escrito de participar en los ejercicios de gimnasia, pese a que tendríamos que presenciarlos.

Al regresar de la enfermería nos dirigimos a la sala de gimnasia lo más despacio que pudimos. Nuestra visita a la enfermería constituía una buena excusa de nuestra tardía aparición y, además, también deseábamos acortar un poco el aburrimiento de tener que contemplar los ejercicios gimnásticos.

Despojándome de la chaqueta del uniforme, dije:

—Hace calor, ¿verdad?

—Más valdrá que no te quites la chaqueta si estás resfriado. Si te ven sin chaqueta te obligarán a hacer gimnasia.

Volví a ponerme la chaqueta apresuradamente. Mi amigo dijo:

—Pero yo puedo quitármela porque solamente estoy mal del estómago.

Y mi amigo se quitó ostentosamente la chaqueta como si con ello quisiera darme envidia.

Al llegar al gimnasio advertimos que, a juzgar por las prendas que colgaban de los ganchos clavados en la pared, todos los chicos se habían quitado el jersey y algunos incluso la camisa. La zona de los alrededores de las barras de ejercicios, situadas al aire libre, en donde había arena y hierba, resplandecía deslumbrante a la luz del sol, contemplada desde la sombría sala de gimnasia. Mi enfermiza constitución reaccionó de la forma habitual y me acerqué a las barras de ejercicios emitiendo mi petulante tosecilla.

El lamentable profesor de gimnasia apenas miró los papeles de justificación médica que le entregamos. Después de echarles una ojeada se volvió a los chicos que esperaban y dijo:

—Hoy nos toca barra horizontal. Omi, demuéstreles cómo se hace.

Voces amigas comenzaron a pronunciar en murmullos el nombre de Omi. Se había evaporado, como hacía a menudo durante la clase de gimnasia. Nadie sabía qué hacía en esas ocasiones, pero aquel día salió de detrás de un árbol cuyas tiernas hojas temblaban luminosamente.

Tan pronto como le vi mi corazón comenzó a latir calurosamente dentro de mi pecho. Se había quitado la camisa, con lo que su pecho quedaba solamente cubierto con una camiseta deslumbrantemente blanca y sin mangas. Su piel contrastaba con la blancura de la camiseta, que parecía estar excesivamente limpia. Era una blancura que casi podía olerse a distancia, como la del blanco de España. Y aquella especie de blanco yeso tenía relieve, revelando los audaces contornos del pecho de Omi, y sus pezones.

Hablando secamente, con un tono de absoluta confianza en sí mismo, Omi preguntó al profesor de gimnasia:

—¿La horizontal, verdad?

—Eso.

Entonces, con aquella altanera indolencia en que tan a menudo incurren los poseedores de cuerpos bellos y fuertes, Omi bajó fácilmente las manos hasta tocar con ellas el suelo, y se frotó las palmas con la arena húmeda que había debajo de la superficie. Se irguió, se restregó rudamente las palmas de las manos y se volvió hacia la barra horizontal de hierro. Sus ojos lanzaban los destellos propios de la audaz resolución que anima a aquellos que se disponen a desafiar a los dioses, y, durante un momento, sus pupilas reflejaron las nubes y el azul de mayo con frío desdén.

Su cuerpo se estremeció en un salto. Y en el instante siguiente estaba ya colgado de la barra horizontal, suspendido por aquellos fuertes brazos, brazos ciertamente dignos de llevar anclas tatuadas.

La admirativa exclamación de sus compañeros de clase se alzó y flotó densamente en el aire:

—¡Aaaah!

Todos los muchachos que hubieran examinado su propio corazón habrían descubierto que la admiración que les embargaba no nacía solamente de la hazaña de fortaleza física llevada a cabo por Omi. Era admiración hacia la juventud, hacia la fuerza, hacia la supremacía. Y era, asimismo, pasmo hacia la abundancia de vello que los brazos alzados de Omi habían revelado allí, en los sobacos.

Probablemente aquélla era la primera vez que veíamos semejante cantidad de vello. Casi parecía un exceso. Era como una lujuriente vegetación formada por malas hierbas de verano. Y, de la misma manera que dichas hierbas no quedan satisfechas con sólo cubrir por entero el jardín de verano y se extienden hasta enraizarse en una escalinata de piedra, el vello rebasaba los salientes diques de los sobacos de Omi y se extendía denso hacia el pecho. Aquellos dos negros matorrales relucían brillantes, bañados por la luz del sol,

y el sorprendente blancor de la piel de Omi parecía blanca arena bajo el vello.

Cuando Omi inició la contracción, los músculos de los brazos se le abultaron con dureza y sus hombros se hincharon como nubes de verano. Los matorrales de sus sobacos se replegaron sobre sí mismos, transformándose en sombras, y, al fin, poco a poco, quedaron ocultos a la vista. Por fin su pecho rozó la barra de hierro, quedando allí, temblando delicadamente. Repitiendo estos movimientos, Omi efectuó una serie de rápidas contracciones.

Fuerza vital. La pura y embriagadora abundancia de fuerza vital era lo que tenía avasallados a los demás muchachos. Se sentían agobiados por la sensación que Omi producía de tener vida en exceso, por aquella sensación de violencia gratuita y sin finalidad que sólo puede explicarse como vida que existe en méritos de la propia existencia. Estaban los muchachos agobiados por aquel género de exuberancia despreocupada y malhumorada. Sin que él se hubiese dado cuenta, una fuerza había penetrado en la carne de Omi, y se proponía tomar posesión de él, dominarle, rebosarle, brillar más que él para sumirle en las sombras. Desde este punto de vista, dicha fuerza parecía una enfermedad. Infectada por este violento poderío, la carne de Omi había sido puesta en la Tierra con el único fin de ser objeto de un loco sacrificio humano, un sacrificio que no conllevara temor alguno de infección. Las personas que vivieran atemorizadas por las infecciones no podrían contemplar la carne de Omi sin hacerle amargos reproches... Los muchachos retrocedían vacilantes, apartándose de él.

En cuanto a mí, diré que sentía lo mismo que los demás chicos, aunque con importantes diferencias. Yo, y ello bastó para que me ruborizara de vergüenza, había notado una erección desde el instante en que había posado la vista en aquella abundancia de Omi. Llevaba yo unos pantalones ligeros de entretiempo, y temía que los restantes muchachos se dieran cuenta de lo que me había ocurrido. E incluso prescindiendo de ese temor, otra emoción, que

no era exclusivamente la del puro goce, embargaba mi corazón. Allí estaba yo, contemplando aquel cuerpo desnudo que tanto había ansiado ver, y la impresión de verlo había desatado en mí una emoción que era exactamente opuesta a la alegría.

Eran celos.

Omi se dejó caer al suelo, con el aire de la persona que acaba de realizar una doble hazaña. Al oír el sordo golpe de sus pies contra el suelo, cerré los ojos y sacudí la cabeza. Luego me dije que había dejado de amar a Omi.

Fueron celos. Unos celos tan ferores que me inducían a renegar voluntariamente de mi amor por Omi.

Es probable que aquella necesidad que comencé a sentir en esa época, de un espartano curso de autodisciplina, estuviera relacionada con dicha situación. (El que escriba el presente libro constituye, en sí mismo, un ejemplo de mis constantes esfuerzos en este sentido). A causa de mi cuerpo enfermizo y de los excesivos cuidados de que fui objeto desde la niñez, siempre había sido tan tímido que ni siquiera osaba mirar a la gente directamente a los ojos. Pero entonces quedé obsesionado por una sola consigna: «¡Sé fuerte!».

Con esa finalidad descubrí un ejercicio que consistía en mirar fijamente a los ojos a cualquier pasajero de los tranvías en que todos los días iba y venía de la escuela. Casi ninguno de los pasajeros que elegí al azar para efectuar este ejercicio dio muestras de sentir temor al ser mirado fijamente por aquel pálido y débil muchacho que era yo, y casi todos se limitaban a desviar la vista un tanto molestos. Muy rara vez sostenían mi mirada. Cuando apartaban la suya, estimaba que me había apuntado una victoria. De esta manera, poco a poco, me adiestré en el arte de mirar a los ojos al prójimo...

Tan pronto como decidí que había renunciado al amor, aparté de mi mente todo pensamiento relacionado con él. Fue una conclusión precipitada, reveladora de escasa agudeza. No había tenido en consideración una de las más claras demostraciones de la existencia del amor sexual, a saber, el fenómeno de la erección. Había tenido erecciones durante un período realmente largo, y también me había entregado a aquel «vicio» que las provocaba, siempre que me encontraba solo, sin jamás caer en la cuenta del significado de mis actos. A pesar de que me hallaba ya en posesión de la información normal referente a la sexualidad, todavía no me inquietaba la conciencia de ser diferente.

Con esto no quiero decir que considerase que aquellos deseos míos que se apartaban del comportamiento generalmente aceptado fuesen normales y ortodoxos. Y tampoco quiero decir que viviera dominado por la falsa impresión de que mis amigos poseían las mismas tendencias que yo. Sorprendentemente, estaba tan obsesionado por las novelas de amor que dedicaba todos mis elegantes sueños a los amores entre hombre y doncella, y también al matrimonio, como si fuera una muchachita que nada supiera de la realidad mundana. Arrojé mi amor por Omi al montón de desperdicios en que se encontraban las incógnitas olvidadas y jamás intenté buscar profundamente su significado. Ahora, cuando escribo la palabra «amor», cuando escribo la palabra «afecto», indico algo que es totalmente distinto a lo que estas palabras significaban para mí en aquellos tiempos; jamás llegué siquiera a soñar que los deseos que Omi inspiraba en mí estuvieran en modo alguno relacionado con las realidades de mi «vida».

Y, sin embargo, un instinto oculto me exigía la búsqueda de la soledad, me exigía vivir aparte, como un ser diferente. Esta ineludible tendencia se manifestaba bajo la forma de un misterioso y extraño malestar. Ya he explicado que en la infancia me sentía agobiado por una sensación de temor al pensar en que llegaría a

adulto, y la conciencia de que iba creciendo estuvo siempre acompañada de una extraña y penetrante inquietud.

Durante los años de mi crecimiento llevé pantalones con una alta doblez en la bota para que pudieran alargarse todos los años, y, al igual que ocurre en todas las familias, el constante crecimiento de mi cuerpo quedaba registrado mediante sucesivas marcas con lápiz en una de las columnas de mi casa. La pequeña ceremonia de estas periódicas mediciones tenía lugar siempre en la sala de estar, en presencia de toda la familia, y todos bromeaban conmigo y les producía un sencillo placer comprobar mi crecimiento. Yo reaccionaba con sonrisas forzadas.

En realidad, la idea de que algún día llegaría a alcanzar la estatura propia de un adulto me llenaba del extraño presentimiento de un peligro terrible. Por una parte, mi indefinible sensación de inquietud aumentaba mi capacidad de tener sueños totalmente divorciados de la realidad exterior, y, por otra parte, me impelía a la práctica de mi «vicio», lo cual, a su vez, me obligaba a refugiarme en aquellos sueños despierto. La inquietud era mi excusa...

En cierta ocasión, un amigo me dijo, bromeando, haciendo referencia a mi frágil constitución física:

—Seguramente te morirás antes de llegar a los veinte años.

Formando una retorcida y amarga sonrisa, le contesté:

—¡Dices cosas horribles!

Pero, en realidad, la predicción de mi amigo estuvo dotada, para mí, de un atractivo extrañamente dulce y romántico. Mi amigo prosiguió:

—¿Apuestas algo?

—Es que si tú apuestas a que yo moriré, a mí no me quedará más remedio que apostar a que viviré.

Hablando con toda la crueldad propia de los jóvenes, mi amigo observó:

—Claro. ¿Qué lástima, verdad? Y como es natural, no te queda más remedio que perder la apuesta.

Ciertamente, y esto no sólo hacía referencia a mí sino también a todos los estudiantes de mi clase, en nuestros sobacos no se veía signo alguno que revelara que nos acercábamos siquiera un poco a la madurez de Omi. Sólo había una levísima promesa de ulteriores florecimientos. Por esa razón, jamás había prestado atención con anterioridad a esa parte de mi cuerpo. Sin duda alguna, fue el espectáculo del vello en los sobacos de Omi, presenciado aquel día, lo que convirtió para mí el sobaco en un fetiche.

Hasta tal punto fue así que siempre que tomaba un baño me quedaba largo tiempo ante el espejo, contemplando el poco agradable reflejo de mi cuerpo desnudo. Era un caso igual al del patito feo, que creía que se transformaría en cisne, aunque, en mi caso, ese heroico cuento infantil tendría un final exactamente opuesto. A pesar de que mis canijos hombros y mi estrecho pecho en nada se parecían a los de Omi, yo los contemplaba atentamente en el espejo y no me quedaba más remedio que hallar razones para creer que algún día tendría el pecho y los hombros de Omi. Sin embargo, una delgada capa de helada inquietud se formaba aquí y allá, sobre la superficie de mi corazón. Era más que inquietud, era una especie de convicción masoquista, una convicción tan firme que parecía basada en la revelación divina, una convicción que me obligaba a decirme a mí mismo: «Nunca serás como Omi».

En las xilografías del período de Genroku, se advierte a menudo que los rasgos de dos amantes son sorprendentemente parecidos, hasta el punto que resulta difícil distinguir hombre y mujer. De la misma manera, el ideal de belleza de la escultura griega conduce al notable parecido entre varón y hembra. ¿No puede hallarse aquí uno de los secretos del amor? ¿No cabe la posibilidad de que en los más recónditos recovecos del amor aiente un deseo según el cual tanto el hombre como la mujer ansían llegar a ser exactamente como el otro? ¿Y no es posible que este deseo los impulse más y más, llevando al fin al trágico intento de llegar a lo imposible por el medio de actuar de manera diametralmente opuesta a la anterior?

En pocas palabras, como su recíproco amor no puede alcanzar la perfección de la recíproca identidad, ¿no se produce acaso un proceso mental por el cual cada uno de los dos procura revisar los puntos de diferenciación —el hombre su virilidad y la mujer su femineidad— y emplea esta rebelión a modo de coquetería dirigida al otro? Y en el caso de que lleguen a alcanzar una similitud, ésta dura desdichadamente sólo el fugaz instante que dura la ilusión. Sí, debido a que la muchacha va adquiriendo más y más audacia, y el muchacho más y más timidez, y llega el instante en que, al avanzar en direcciones opuestas, se cruzan, rebasando el justo punto, y siguen avanzando hasta penetrar en el territorio en que aquel punto se ha perdido de vista.

Contemplados así, mis celos —celos tan ferores que me indujeron a decir que había renunciado a aquel amor— eran amor, y amor aún más intenso. Acabé por amar «aquello igual que lo de Omi» que, poco a poco, tímidamente, brotaba en mis sobacos, crecía, y se oscurecía más y más...

Llegaron las vacaciones de verano. A pesar de que las había esperado con impaciencia, resultaron como uno de estos períodos intermedios, como entreactos, en que uno no sabe qué hacer consigo mismo. Y a pesar de mis intensos deseos de disfrutarlas, resultaron una temporada desagradable.

Desde que padecí en la infancia una leve infección tuberculosa, el médico me tenía prohibido que estuviera mucho rato bajo los efectos de fuertes rayos ultravioleta. Cuando íbamos a la costa jamás me permitían estar bajo los rayos solares más de treinta minutos seguidos. La contravención de esa norma siempre comportaba un inmediato castigo que se manifestaba en forma de súbito ataque de fiebre. Ni siquiera me permitían practicar la natación en la escuela. En consecuencia, no aprendí a nadar. Más tarde, el no saber nadar adquirió para mí un nuevo significado

debido a la constante fascinación que el mar llegó a ejercer, debido al turbulento poderío que en algunas ocasiones tendría sobre mí. Sin embargo, en los tiempos a los que me refiero, todavía no había sentido la avasalladora tentación del mar. A pesar de eso, animado por la idea de escapar del aburrimiento de aquella estación del año tan implacablemente desagradable, una estación que, además, despertaba en mí inexplicables deseos, pasé el verano junto al mar en compañía de mi madre, mi hermano y mi hermana...

Un día, de repente, me di cuenta de que me habían dejado solo en una roca.

Poco antes había caminado por la playa, con mi hermano y mi hermana, hacia aquella roca, buscando los menudos peces cuyos cuerpos destellaban en los arroyuelos que discurrían entre las rocas. Tal como habíamos previsto, no tuvimos buena pesca y mis hermanos se aburrieron de aquel juego. En aquel momento llegó una criada para decírnos que volviéramos junto a nuestra madre, que se hallaba sentada bajo un parasol playero. De mal humor me negué a regresar, y la criada se llevó a mis hermanos, dejándome solo.

El sol de la tarde de verano iluminaba implacablemente la superficie del mar y la bahía entera era una sólida y estupenda extensión de esplendor. Unas nubes de verano en el horizonte guardaban muda inmovilidad, con sus formas magníficas, sombrías, recordatorias de profetas, medio inmersas en el mar. Los músculos de las nubes eran pálidos como el alabastro.

Unos cuantos barcos de vela y esquifes, y varias barchas de pesca se habían hecho a la mar en las arenosas playas y se adentraban perezosamente en las aguas. Con la salvedad de las menudas figuras a bordo, no se veía forma humana alguna. Un sutil zumbido lo envolvía todo. Al igual que una coqueta llegada para contar secretitos, del mar soplaba una leve brisa que traía a mis

oídos un sonido menudo, como el del aleteo invisible de alegres insectos. La playa que se extendía junto a mí estaba casi íntegramente formada por mansas y bajas rocas que se adentraban en el mar. Sólo había dos o tres rocas salientes, como aquella en la que yo estaba sentado.

En el mar abierto se formaban las olas que se acercaban, deslizándose sobre la superficie del agua, en forma de verdes e inquietas ondulaciones. Los grupos de rocas superficiales que se adentraban en las aguas lanzaban al aire, al resistirse a la fuerza de las olas, salpicaduras que se elevaban como blancas manos pidiendo ayuda. Las rocas se hundían en la sensación de profunda abundancia del mar, y parecían soñar en boyas liberadas de sus amarras.

Pero al instante siguiente la ola había rebasado las rocas, y seguía deslizándose hacia la playa sin menguar su velocidad. A medida que la ola se acercaba a la playa, algo despertaba en el interior de la verde bóveda. La ola crecía más y más y revelaba, hasta donde la vista alcanzaba, el filo, fino como el de una navaja, de la enorme hacha marina, alzada y presta a atacar. De repente, la guillotina azul oscuro caía, mandando a lo alto la blanca espuma de sangre. El cuerpo de la ola, derrumbándose y resbalando al frente, perseguía su cabeza cortada, y, por un instante, reflejaba el puro azul del cielo, aquel mismo azul sobrenatural que se refleja en los ojos de una persona que va a morir... Durante el breve instante del ataque de la ola, los grupos de rocas, suaves y erosionadas, se ocultaban bajo la blanca espuma, pero después, poco a poco, salían del mar, reluciendo gracias a los rastros de la ola retirada. Desde lo alto de la roca en que me hallaba, veía las babosas resbalando sin tino sobre las relucientes rocas, y los cangrejos quedándose quietos en el esplendor.

De repente, mi sensación de soledad se mezcló con recuerdos de Omi. Fue así: la atracción que durante largo tiempo había sentido hacia la soledad que dominaba la vida de Omi —soledad debida a

que la vida le había esclavizado— me había inducido primeramente a poseer idéntica soledad, y, ahora que la experimentaba, gracias a aquella sensación de vacío anterior a una nueva elevación del mar, ya que experimentaba una soledad que externamente se parecía a la de Omi, deseaba disfrutarla íntegramente a través de los ojos del propio Omi. Representaría un doble papel: el de Omi y el mío. Mas para conseguirlo, necesitaba ante todo descubrir un rasgo de parecido con Omi, por leve que fuera. De esa manera podría convertirme en una especie de doble de Omi y actuar conscientemente como que si rebasara con gozo aquella misma soledad que en Omi probablemente era inconsciente, alcanzando por fin que se convirtiera en realidad aquel sueño en vigilia en que el placer que la imagen de Omi producía en mí se transformaba en el placer que el propio Omi sentía.

Desde el día en que me obsesioné con el cuadro de san Sebastián, había adquirido la costumbre de cruzar inconscientemente las manos sobre la cabeza siempre que me encontraba desnudo. Mi cuerpo era frágil y ni siquiera había una pálida sombra de la abundante belleza del cuerpo del santo. Pero una vez más adopté espontáneamente aquella postura. Al hacerlo, dirigí la vista a mis sobacos. Y un misterioso deseo sexual se alzó en mi interior...

Había llegado el verano, y con el verano habían aparecido en mis sobacos los primeros brotes de negra maleza, en modo alguno igual a la que Omi tenía allí, aunque indudablemente reales. Allí estaba, pues, el rasgo de parecido con Omi que necesitaba para mis fines. No cabía la menor duda de que en mis deseos sexuales intervenía el propio Omi, pero tampoco cabía negar que este deseo tenía por objeto, primordialmente, mis sobacos. Especialmente estimulado por una multitudinaria conjunción de circunstancias —la brisa salada que estremecía las aletas de mi nariz, el fuerte sol de verano que lanzaba sobre mí sus rayos ardientes y me producía dolor en los hombros y el pecho, la ausencia de formas humanas al

alcance de mi vista— me entregué por primera vez en mi vida a mi «vicio» al aire libre, bajo el cielo azul. Y elegí, como objeto de mi acto, mis propios sobacos...

Una extraña pena estremecía mi cuerpo. Ardía en una soledad tan fuerte como el sol. Llevaba los calzones de baño, de lana azul marino, desagradablemente pegados al vientre. Despacio bajé de la roca y penetré en la charca de agua atrapada junto a la playa. Mis pies, dentro del agua, parecían blancas conchas muertas, y, a través del agua, podía ver con toda claridad el fondo, moteado por las conchas y con móviles ondulaciones. Me arrodillé allí y esperé la llegada de la ola que rompía en aquel instante y que avanzaba hacia mí con un rugido violento. Me golpeó en el pecho, casi cubriéndome con su rompiente cresta...

Cuando la ola retrocedió, quedé lavado de mi corrupción. Juntamente con las aguas en retirada, juntamente con los incontables organismos vivos que en ellas había —microbios, semillas de plantas marinas, huevos de peces— mis millares de espermatozoides habían sido absorbidos por el mar espumeante y arrastrados lejos de mí.

Cuando llegó el otoño y comenzó el nuevo curso, Omi no apareció. En el tablón de anuncios había una nota dando cuenta de su expulsión de la escuela.

Todos mis compañeros de clase, sin excepción, comenzaron a comentar innobles actos de Omi, comportándose igual que el populacho después de la muerte del tirano que lo había sojuzgado.

«Me pidió prestado diez yenes y luego no me los quiso devolver...». «Cuando me robó mi valiosa estilográfica, se rió...». «Poco faltó para que me estrangulara...».

Uno tras otro, todos contaron los perjuicios que Omi les había causado, hasta que llegó el momento en que pareció que yo fuera el único que hubiese quedado exento de la maldad de Omi. Los celos

me enloquecían. Sin embargo, mi desesperación quedaba levemente atenuada por el hecho de que nadie sabía, en definitiva, la causa por la que Omi había sido expulsado. Ni siquiera aquellos alumnos listillos que en todas las escuelas saben lo que nadie sabe pudieron apuntar una razón medianamente verosímil que mereciera ser aceptada por todos. Cuando preguntamos la causa a nuestros profesores, sonrieron y, como era de esperar, dijeron que se debía a «algo malo».

Al parecer yo era el único que estaba secretamente convencido de la naturaleza de la «maldad» de Omi. Tenía la certeza de que Omi había participado en una vasta conspiración que ni siquiera él había comprendido plenamente. La ineludible tendencia al mal que un demonio incitaba en él era lo que daba significado a su vida y lo que constituía su destino. Por lo menos, así me parecía...

Sin embargo, después de pensarlo mejor, la «maldad», de Omi llegó a tener para mí un significado diferente. Decidí que la gran conspiración a la que el demonio había llevado a Omi, con su sociedad secreta intrincadamente organizada, con sus maquinaciones ocultas minuciosamente planeadas, estaba al servicio, sin la menor duda, de un dios prohibido. Omi había servido a aquel dios, había intentado convertir a otros a su fe, había sido traicionado y había sido ejecutado en secreto. Al ocaso le habían desnudado y le habían llevado a la arboleda en lo alto de la colina. Allí le habían atado a un árbol, con ambas manos amarradas por encima de la cabeza. La primera flecha se le había clavado en el costado. La segunda en el sobaco.

Cuanto más recordaba la imagen que Omi compuso aquel día al agarrarse a la barra horizontal para proceder a efectuar las contracciones, más convencido estaba de la íntima afinidad de Omi con san Sebastián.

Durante el cuarto curso de secundaria, padecí una anemia. Me puse todavía más pálido de lo habitual, hasta el punto en que mis manos adquirieron el color de la hierba seca y muerta. Cuando subía una escalera empinada tenía que sentarme en el suelo para descansar al llegar a lo alto. Tenía la impresión de que un jirón de niebla blanca se había posado en mi occipucio, y allí había perforado un orificio, dejándome casi desvanecido.

Mi familia me llevó al médico, que diagnosticó que padecía anemia. Aquel médico era un hombre de trato agradable, amigo de mi familia. Cuando comenzaron a preguntarle detalles de mi dolencia, el médico contestó:

—Bueno, veamos lo que dicen los textos acerca de la anemia...

El examen del médico había terminado y yo me hallaba a su lado, de manera que podía ver el texto del libro mientras él leía en voz alta. Mi familia estaba sentada delante del médico, por lo que no podían ver las páginas del libro.

—Bueno, a continuación viene la etiología, las causas de la enfermedad. Las lombrices son una causa frecuente. Probablemente ése es el caso del chico... Bueno, haremos un examen de los excrementos. Luego está la clorosis. Pero no es frecuente y, además, se trata de una enfermedad femenina...

En este punto, el libro hacía constar otra causa de la anemia, que el médico no leyó en voz alta. Se la saltó y, murmurando el resto del párrafo, cerró el libro. Pero yo había leído las palabras que el médico había omitido. Se trataba de «masturbación».

Sentí que la vergüenza aceleraba los latidos de mi corazón. El médico había descubierto mi secreto.

Pero lo que nadie podría jamás descubrir era la singular relación de reciprocidad que se daba entre mi escasez de sangre y mis sanguinarias ansias.

La escasez de sangre, inherente en mí, me había provocado el deseo de soñar con derramamientos de sangre. Y ese impulso, a su vez, era la causa de que mi cuerpo perdiera más y más sangre, con lo que intensificaba mis ansias de derramamiento de sangre. La debilitante vida de los sueños en vigilia aguzaba y estimulaba mi imaginación. No conocía aún la obra de De Sade, pero la descripción del Coliseo en *Quo Vadis* me había causado una profunda impresión, y, por propia iniciativa, se me había ocurrido la idea de un teatro de asesinatos.

Allí, en mi teatro de asesinatos, jóvenes gladiadores romanos daban la vida para que yo me divirtiera. Y todas las muertes que en ese teatro concurrían no sólo debían ir acompañadas de derramamiento de sangre en abundancia, sino que tenían que ocurrir rodeadas de las pertinentes ceremonias. Gran deleite me producían todas las formas de la pena de muerte, así como todas las herramientas de la ejecución. Pero no permitía en ese teatro el empleo de artilugios de tortura, ni tampoco la horca, ya que no proporcionaban el espectáculo del derramamiento de sangre. Tampoco me gustaban las armas de fuego, como las pistolas o los fusiles. En la medida de lo posible, siempre elegía armas primitivas y salvajes, como flechas, dagas, lanzas... A fin de que la víctima tuviera una larga agonía, la barriga era el punto en que se la debía herir. El así sacrificado debía emitir largos, lúgubres y patéticos gritos, a fin de que quienes los escucharan tuvieran conciencia de la indecible soledad de la existencia. En ese momento, mi alegría de vivir, alzándose en llamas en algún secreto lugar de las profundidades de mi ser, soltaba su grito exultante y gritaba más y más, contestando así a la víctima grito por grito. ¿No era eso un reflejo exacto del goce que la caza proporcionaba al hombre primitivo?

El arma que era mi imaginación dio muerte a gran número de soldados griegos, a muchos esclavos blancos de Arabia, príncipes

de tribus salvajes, ascensoristas de hotel, camareros, chulos, oficiales del ejército, trapecistas de circo... Era yo como uno de esos salvajes merodeadores que, al no saber la manera de expresar su amor, cometían la equivocación de matar a las personas que aman. Y yo besaba los labios de aquellos que se habían desplomado y que, en el suelo, aún se convulsionaban espasmódicamente. Basándome en alguna imagen evocada, había concebido un instrumento de ejecución consistente en una recia tabla a la que iban unidas docenas de puñales con la punta hacia el exterior, y formaban entre todos la superficie de una figura humana. Y esa tabla se deslizaba verticalmente por un raíl, avanzando hacia una cruz de ejecución situada en el otro extremo. También había una fábrica de ejecuciones en la que los taladros mecánicos para traspasar cuerpos humanos funcionaban constantemente, y la sangre así obtenida era mezclada con azúcar, envasada y puesta a la venta en el mercado. Dentro de la cabeza de aquel estudiante de secundaria, innumerables víctimas iban, con las manos atadas a la espalda, debidamente escoltadas, hacia el Coliseo.

Este impulso fue adquiriendo más y más fuerza en mi interior, y un día llegó a forjar un sueño que probablemente es uno de los más bajos de que el ser humano es capaz. Al igual que en muchos otros sueños míos, la víctima era uno de mis compañeros de clase, excelente nadador y de cuerpo notablemente bello.

Ocurría en un sótano. Se celebraba un banquete clandestino. Elegantes candelabros arrojaban su luz sobre impolutos manteles blancos. Cubiertos de plata flanqueaban los platos. Incluso podían verse los habituales búcaros con claveles. Pero lo más curioso era que el espacio vacío, en el centro de la mesa, tenía una extensión insólita. Extremadamente grande tenía que ser la fuente que trajeran y que allí depositaran.

Uno de los invitados me preguntaba:

—¿Todavía no?

El rostro de ese invitado estaba sumido en la sombra, así que no podía verlo. Por su solemne voz parecía un hombre de avanzada edad.

Ahora que lo pienso, resulta que las sombras ocultaban la cara de todos los comensales. Sólo sus blancas manos estaban a la luz, y envueltas en ella toqueteaban los relucientes tenedores y cuchillos de plata. Un constante murmullo estremecía el aire, y parecía que la gente hablara entre sí en voz baja, o hablara para sí. Se trataba de una fiesta fúnebre. El único sonido que cabía percibir con claridad era el ocasional gemido de una silla, o el resbalar de las patas de una silla contra el suelo:

Yo contestaba:

—No puede faltar mucho.

Una vez más se hacía aquel lúgubre silencio. Me daba perfecta cuenta de que mi contestación había desagradado a todos los presentes. Decía:

—Voy a ver.

Me levantaba y abría la puerta que daba a la cocina. En un rincón de la cocina había una escalera de piedra que se elevaba hasta el nivel de la calle. Preguntaba al cocinero:

—¿Todavía no?

El cocinero, sin levantar la vista de su trabajo, como si tampoco él estuviera de buen humor, contestaba:

—¿Qué? Dentro de un minuto estaré.

El cocinero estaba cortando unas hortalizas verdes para hacer una ensalada. En la mesa de la cocina sólo había una gruesa plancha de madera de un metro de ancho y casi dos y medio de largo.

Procedente de la escalera de piedra se oía un rumor de risas. Levantaba la vista y veía al segundo cocinero que bajaba la escalera llevando del brazo a mi joven y musculoso compañero de clase. El muchacho iba con ceñidos pantalones y una camiseta azul

oscuro que dejaba su pecho al descubierto. Sin dar importancia a mis palabras, decía a mi compañero:

—¡Hombre! ¿Eres tú, B?

Cuando llegaba al pie de la escalera, mi compañero se quedaba allí, tranquilo, con las manos en los bolsillos del pantalón. Se volvía hacia mí, y bromeaba, y se reía. En ese preciso instante, uno de los cocineros se abalanzaba sobre él, por la espalda, y con los brazos le apretaba el cuello.

El muchacho se debatía violentamente.

Mientras contemplaba su lastimosa lucha, yo decía:

—Sí, es una llave de judo, sí, sí, ya lo veo. Pero ¿cómo se llama esa clase de presa? Esto es... Vuelve a estrangularlo... No puede estar realmente muerto... Sólo se ha desmayado.

De repente, la cabeza del muchacho se inclinaba, lacia y desmadejada, sobre el cayado del recio brazo del cocinero. Entonces, el cocinero llevaba en brazos sin el menor remilgo al muchacho hasta la mesa de la cocina y lo arrojaba en ella. El otro cocinero se acercaba a la mesa y comenzaba a trabajar en el chico con manos diligentes. Le quitaba la camiseta, le quitaba el reloj, le quitaba los pantalones y, en un instante, lo dejaba desnudo.

El joven desnudo yacía allí, donde lo habían arrojado, boca arriba sobre la mesa, con los labios entreabiertos, y yo daba a aquellos labios un largo beso.

El cocinero me preguntaba:

—¿Cómo lo quieren, boca arriba o boca abajo?

Yo contestaba:

—Boca arriba, me parece.

Sí, porque pensaba que en esa posición el pecho del chico quedaría visible, como un escudo ambarino.

El otro cocinero cogía una gran fuente que, por su forma, parecía de origen extranjero, descolgándola de una repisa, y la llevaba a la mesa. Esa fuente tenía el tamaño preciso para contener un cuerpo

humano, con la curiosa característica de presentar cinco orificios en el borde, a uno y otro lado.

Los dos cocineros decían al unísono:

—¡Hop-la!

Y así levantaban al muchacho inconsciente y lo dejaban boca arriba en la fuente. Luego, silbando alegremente, pasaban una cuerda por los orificios de los lados de la fuente, dejando el cuerpo firmemente atado. Sus ágiles manos trabajaban con movimientos expertos. Colocaban artísticamente alrededor del cuerpo desnudo unas grandes hojas de lechuga, y un cuchillo y un tenedor insólitamente grandes. Volvían a decir:

—¡Hop-la!

Y se cargaban la fuente al hombro. Yo abría la puerta del comedor para que pasaran.

Los comensales nos daban la bienvenida en silencio. Los cocineros dejaban la fuente en el espacio vacío, en el centro de la mesa, que resplandecía bajo la intensa luz. Regresaba a mi sitio, levantaba el gran tenedor y el gran cuchillo y decía:

—¿Por dónde empezamos?

Nadie contestaba. Me daba cuenta, sin verlo, de que muchas caras se cernían sobre la fuente. Yo decía:

—Ésta seguramente es una buena parte por la que comenzar.

Y hundía el cuchillo y el tenedor en el corazón. Saltaba un chorro de sangre que iba a darme en la cara. Con el cuchillo en la mano derecha, comenzaba a cortar la carne del pecho suavemente, al principio en porciones delgadas...

Incluso después de curarme la anemia, mi «vicio» fue adquiriendo más gravedad. El más joven de mis profesores era el de geometría. Durante su clase, jamás me cansaba de contemplar su cara. Tenía la tez tostada por el sol de la playa y su voz era sonora como la de

los pescadores. Había oído decir que, en otros tiempos, fue profesor de natación.

Un día invernal, en la clase de geometría, tomaba apuntes en mi libreta, copiando lo que había en la pizarra, y mantenía la mano libre en el bolsillo del pantalón. Y llegó el momento en que inconscientemente mi vista se apartó de mi trabajo y comenzó a seguir al profesor de geometría. Subía y bajaba de la tarima mientras, con su voz juvenil, repetía la explicación de un problema difícil.

Ya había comenzado a sentir dolorosos arrebatos de sexualidad durante el desarrollo de mis actividades cotidianas. Ante mi vista, el joven profesor fue transformándose hasta llegar a ser la imagen de una estatua de Hércules desnudo. El profesor había estado borrando la pizarra, con el borrador en la izquierda y la tiza en la derecha. Sin dejar de borrar, levantó la mano derecha y comenzó a escribir una ecuación en la pizarra. Al hacerlo, las arrugas que se formaron en la espalda de su chaqueta se transformaron, ante mi pasmada vista, en las hendiduras de la musculatura de *Hércules tensando el arco*. Acabé incurriendo en mi «vicio» en plena clase...

Sonó la señal dando fin a la clase. Con la cabeza baja y como deslumbrado, fui en compañía de los demás compañeros al terreno de juegos. El muchacho de quien estaba enamorado —se trataba asimismo de un amor no correspondido, y también de un estudiante suspendido en los exámenes— se me acercó y me dijo:

—Oye, ¿fuiste al fin a casa de Katakura ayer?

Katakura era un silencioso compañero de clase que acababa de morir de tuberculosis. El funeral había terminado hacía dos días. Como un amigo me había dicho que la cara de Katakura había cambiado totalmente tras su muerte y que parecía la cara de un espíritu del mal, demoré mi visita de pésame hasta después de la cremación.

No se me ocurrió respuesta alguna a la brusca pregunta de mi amigo, y contesté brevemente:

—Nada. Bueno, la verdad es que, cuando fui, sólo quedaban las cenizas.

De repente, recordé que me habían encomendado que transmitiera un mensaje que quizá halagara a mi amigo:

—Bueno, la madre de Katakura me encargó, qué sé yo las veces, que te diera recuerdos.

Solté una risita carente de todo significado, y añadí:

—Me dijo que vayas a verla porque ahora se sentirá muy sola.

Mi amigo exclamó:

—¡Vamos, anda! —Y el golpe que bruscamente me propinó en el pecho me pilló de sorpresa.

A pesar de que me dio el golpe con todas sus fuerzas, su intención fue amistosa. A mi amigo se le habían puesto las mejillas rojas de vergüenza, como si aún fuera un niño. Vi en sus ojos un brillo de insólita intimidad, como si me considerase cómplice suyo en algo. Volvió a decir:

—¡Vamos, anda! ¡Mira que eres malpensado! ¡Menudas bromas!

En ese momento no comprendí el significado de sus palabras. Sonreí torpemente y estuve más de treinta segundos sin entender a mi amigo. Luego, de repente, caí en la cuenta. La madre de Katakura era viuda, todavía joven, y tenía una bella y esbelta figura. Me sentí profundamente desdichado. Y ello no se debía tanto a que mi lentitud en la comprensión sólo podía ser resultado de la estupidez, como a que el incidente revelaba una clara diferencia entre lo que centraba el interés de mi amigo y lo que centraba el mío. Sentí el vacío del abismo que nos separaba, y la mortificación de haber quedado sorprendido por un tan tardío descubrimiento de una cosa que habría debido prever de manera natural. Había transmitido el mensaje de la madre de Katakura sin pararme a considerar cuál sería su reacción, pensando sólo, de manera subconsciente, que el mensaje me daba una oportunidad de ganarme las simpatías de mi amigo. Me sentía aterrado por la fea imagen de mi brutalidad, una imagen tan fea como el rastro de

lágrimas secas en la cara de un niño. En esa ocasión, el cansancio me impidió formularme la pregunta que me había hecho millares de veces: ¿Por qué es malo que siga siendo exactamente como soy? Estaba harto de mí mismo y, a pesar de mi castidad, me estaba arruinando el cuerpo. Pensaba que quizás con entusiasmo (¡conmovedor pensamiento, ciertamente!) podría escapar de mi infantil condición. Parecía que aún no me hubiera dado cuenta de que aquello que me asqueaba era mi verdadera forma de ser, formaba parte de mi verdadera vida. Era como si creyera que aquéllos habían sido años de un sueño del que podría despertar a la «verdadera vida». Sentía la necesidad de comenzar a vivir. ¿Comenzar a vivir mi verdadera vida? Incluso en el caso de que se tratara de una pura mascarada y no de mi vida, realmente había llegado el momento en que debía ponerme en marcha, avanzar arrastrando mis pesados pies.